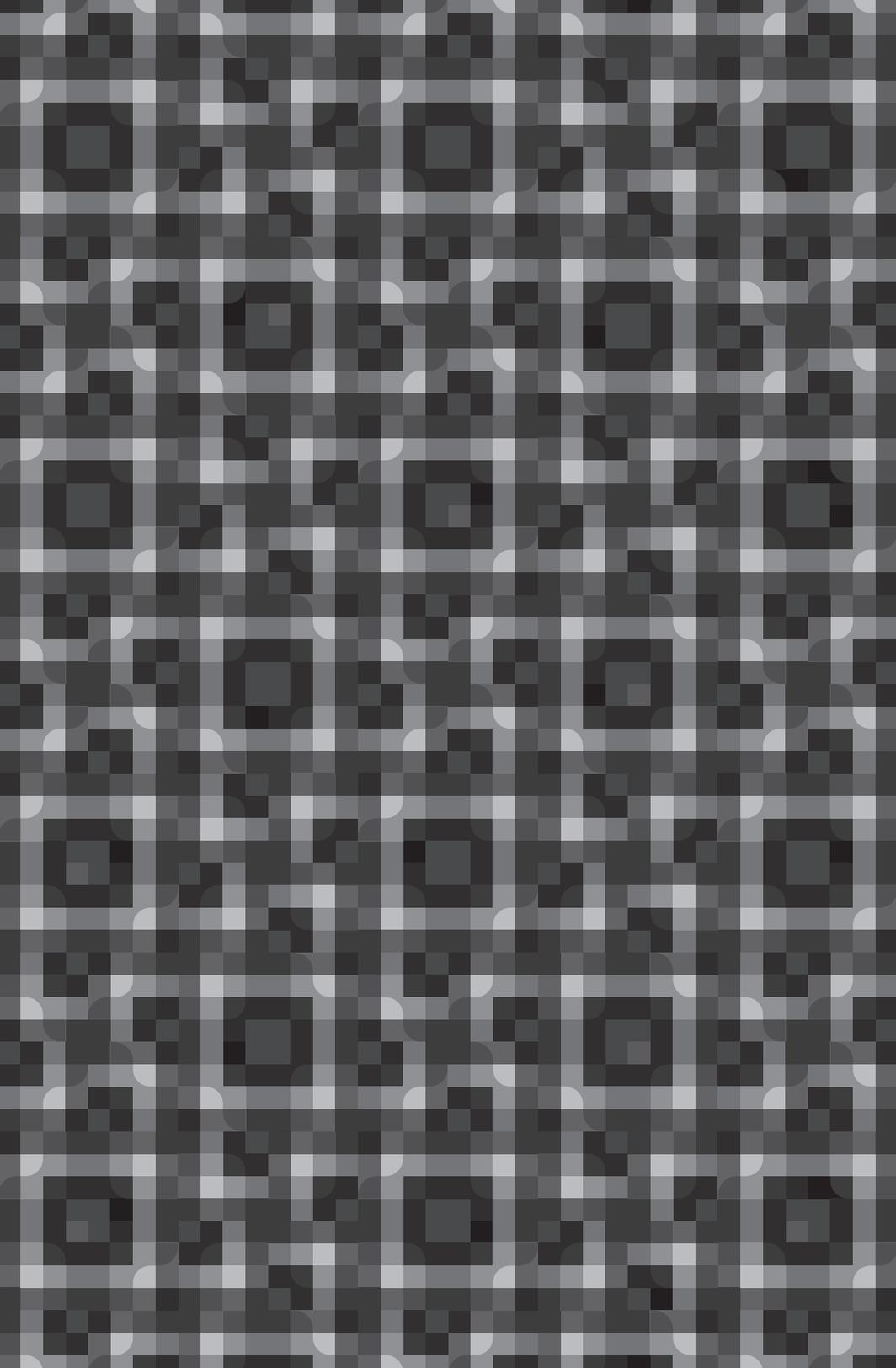


Me pidieron que hiciera recuento de lo que aquí sucedió

TALENTOS UNIVERSITARIOS - Cuento y Poesía - 2025

Octavio Daniel Márquez Palomo . Juan Pablo De Velasco Macías
. Alexandra Sosa Eguía . Damara Haniel Cedillo Tenorio . Valeria
Rodríguez Macías . Ariana Contreras Padilla . Carolina Ortiz Rendón
. Ángela Palacios González . Arlette Armenta Lira . Amaya Quinn
Carranza Abarca . Rodrigo Oswaldo Flores Cuevas . Sofía Ximena
Navarro Reyes . Estefanía Guadalupe Benítez Santos . Sara Ortiz
López . Brenda García Laurent . Aurora Regina Muñoz Meza . Tadeo
de Jesús Arredondo Vidales . Ylara Monserrat Maravilla Méndez .
Aranza Mariana Hernández Flores . Samuel Valdivia Villalobos .
Endy Yaren Arriaga López . Beatriz Varela Núñez . Mariana Alvarado
Maldonado . Ana Paula Castañeda Corpus . Hamset Saldívar
Mercado . Alberto Gutiérrez Martínez . Saúl Abraham Morales Piña
. Sabrina Andrea Martínez González . Alejandra Granados Olvera



Me

que

recuerd

que aquí

pidieron

e hiciera

nto de lo

sucesió

Me pidieron que hiciera recuento de lo que aquí sucedió

TALENTOS UNIVERSITARIOS - Cuento y Poesía - 2025

Octavio Daniel Márquez Palomo . Juan Pablo De Velasco Macías
. Alexandra Sosa Eguía . Damara Haniel Cedillo Tenorio . Valeria
Rodríguez Macías . Ariana Contreras Padilla . Carolina Ortiz Rendón
. Ángela Palacios González . Arlette Armenta Lira . Amaya Quinn
Carranza Abarca . Rodrigo Oswaldo Flores Cuevas . Sofía Ximena
Navarro Reyes . Estefanía Guadalupe Benítez Santos . Sara Ortiz
López . Brenda García Laurent . Aurora Regina Muñoz Meza . Tadeo
de Jesús Arredondo Vidales . Ylara Monserrat Maravilla Méndez .
Aranza Mariana Hernández Flores . Samuel Valdivia Villalobos .
Endy Yaren Arriaga López . Beatriz Varela Núñez . Mariana Alvarado
Maldonado . Ana Paula Castañeda Corpus . Hamset Saldívar
Mercado . Alberto Gutiérrez Martínez . Saúl Abraham Morales Piña
. Sabrina Andrea Martínez González . Alejandra Granados Olvera



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

Me pidieron que hiciera recuento de lo que aquí sucedió

TALENTOS UNIVERSITARIOS - Cuento y Poesía - 2025

Primera edición 2025 (versión electrónica)

D.R. © Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940, Ciudad Universitaria,
Aguascalientes, Ags., C.P. 20100

D.R. © Octavio Daniel Márquez Palomo
Juan Pablo De Velasco Macías
Alexandra Sosa Eguía
Damara Haniel Cedillo Tenorio
Valeria Rodríguez Macías
Ariana Contreras Padilla
Carolina Ortiz Rendón
Ángela Palacios González
Arlette Armenta Lira
Amaya Quinn Carranza Abarca
Rodrigo Oswaldo Flores Cuevas
Sofía Ximena Navarro Reyes
Estefanía Guadalupe Benítez Santos
Sara Ortiz López
Brenda García Laurent
Aurora Regina Muñoz Meza
Tadeo de Jesús Arredondo Vidales
Yiara Monserrat Maravilla Méndez
Aranza Mariana Hernández Flores
Samuel Valdivia Villalobos
Endy Yaren Arriaga López
Beatriz Varela Núñez
Mariana Alvarado Maldonado
Ana Paula Castañeda Corpus
Hamset Saldívar Mercado
Alberto Gutiérrez Martínez
Sául Abraham Morales Piña
Sabrina Andrea Martínez González
Alejandra Granados Olvera

ISBN 978-607-2638-29-7

Hecho en México/*Made in Mexico*



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Índice

Presentación

CATEGORÍA CUENTO. TEMA: RELACIÓN MÉXICO - ESPAÑA

Primer lugar:

- 19 Título: Me pidieron que hiciera recuento de lo que aquí sucedió
Seudónimo: La Hermana de en Medio
Alumno: Octavio Daniel Márquez Palomo
Carrera y semestre: Letras Hispánicas, 4° semestre

Segundo lugar:

- 27 Título: El trote de dos caballos
Seudónimo: Enrique Mina
Alumno: Juan Pablo De Velasco Macías
Carrera y semestre: Derecho, 4° semestre

Tercer lugar:

- 33 Título: Cuando el cielo se partió en dos
Seudónimo: Deerkness
Alumna: Alexandra Sosa Eguía
Carrera y semestre: Actuación, 2° semestre

Mención honorífica:

- 39 Título: El tren que giró hacia atrás
Seudónimo: Hermia
Alumna: Damara Haniel Cedillo Tenorio
Carrera y semestre: Mercadotecnia, 8° semestre

Mención honorífica:

- 47 Título: Dibujos en una manta
Seudónimo: Vale Roma
Alumna: Valeria Rodríguez Macías
Carrera y semestre: Diseño de Moda en Indumentaria y Textiles, 1° semestre

Selección de cuentos destacados

- 53 Título: El último conejo
Seudónimo: Charal
Alumna: Ariana Contreras Padilla
Carrera y semestre: Diseño Industrial, 8° semestre
- 57 Título: Alegoría de una excursión
Seudónimo: Tres vampiros vegetarianos
Alumna: Carolina Ortiz Rendón
Carrera y semestre: Biotecnología, 8° semestre
- 63 Título: Entre dos orillas: el hilo perdido
Seudónimo: Aldara Nox
Alumna: Ángela Palacios González
Carrera y semestre: Médico Cirujano, 2° semestre
- 69 Título: Dos tierras
Seudónimo: Verde Viento
Alumna: Arlette Armenta Lira
Carrera y semestre: Letras Hispánicas, 8° semestre
- 73 Título: Palabras de amor a Marieta
Seudónimo: Amarellus
Alumna: Amaya Quinn Carranza Abarca
Carrera y semestre: Biotecnología, 2° semestre
- 77 Título: No recuerdo cuándo morí
Seudónimo: El muerto soñador
Alumno: Rodrigo Oswaldo Flores Cuevas
Carrera y semestre: Artes Cinematográficas
y Audiovisuales, 4° semestre

- 83 Título: Remedios
Seudónimo: Josefa
Alumna: Sofía Ximena Navarro Reyes
Carrera y semestre: Bachillerato, 6° semestre
- 89 Título: Un día de abril
Seudónimo: Electra
Alumna: Estefanía Guadalupe Benítez Santos
Carrera y semestre: Letras Hispánicas, 8° semestre
- 95 Título: Entre la sangre y el silencio
Seudónimo: Sara Ortiz
Alumna: Sara Ortiz López
Carrera y semestre: Enfermería, 8° semestre

CATEGORÍA POESÍA. TEMA LIBRE

Primer lugar:

- 103 Título: Si un tercero nos viera
Seudónimo: Safka Paik
Alumna: Brenda García Laurent
Carrera y semestre: Doctorado en Psicología, 2° semestre

Segundo lugar:

- 104 Título: Calor de Verano
Seudónimo: Pelirroja natural
Alumna: Aurora Regina Muñoz Meza
Carrera y semestre: Letras Hispánicas, 6° semestre

Tercer lugar:

- 106 Título: Si yo fuera un ave
Seudónimo: VIVS
Alumno: Tadeo de Jesús Arredondo Vidales
Carrera y semestre: Médico Veterinario Zootecnista, 6° semestre

Mención honorífica:

- 109 Título: El susurro del tiempo
Seudónimo: Luma
Alumna: Ylara Monserrat Maravilla Méndez
Carrera y semestre: Psicología, 9° semestre

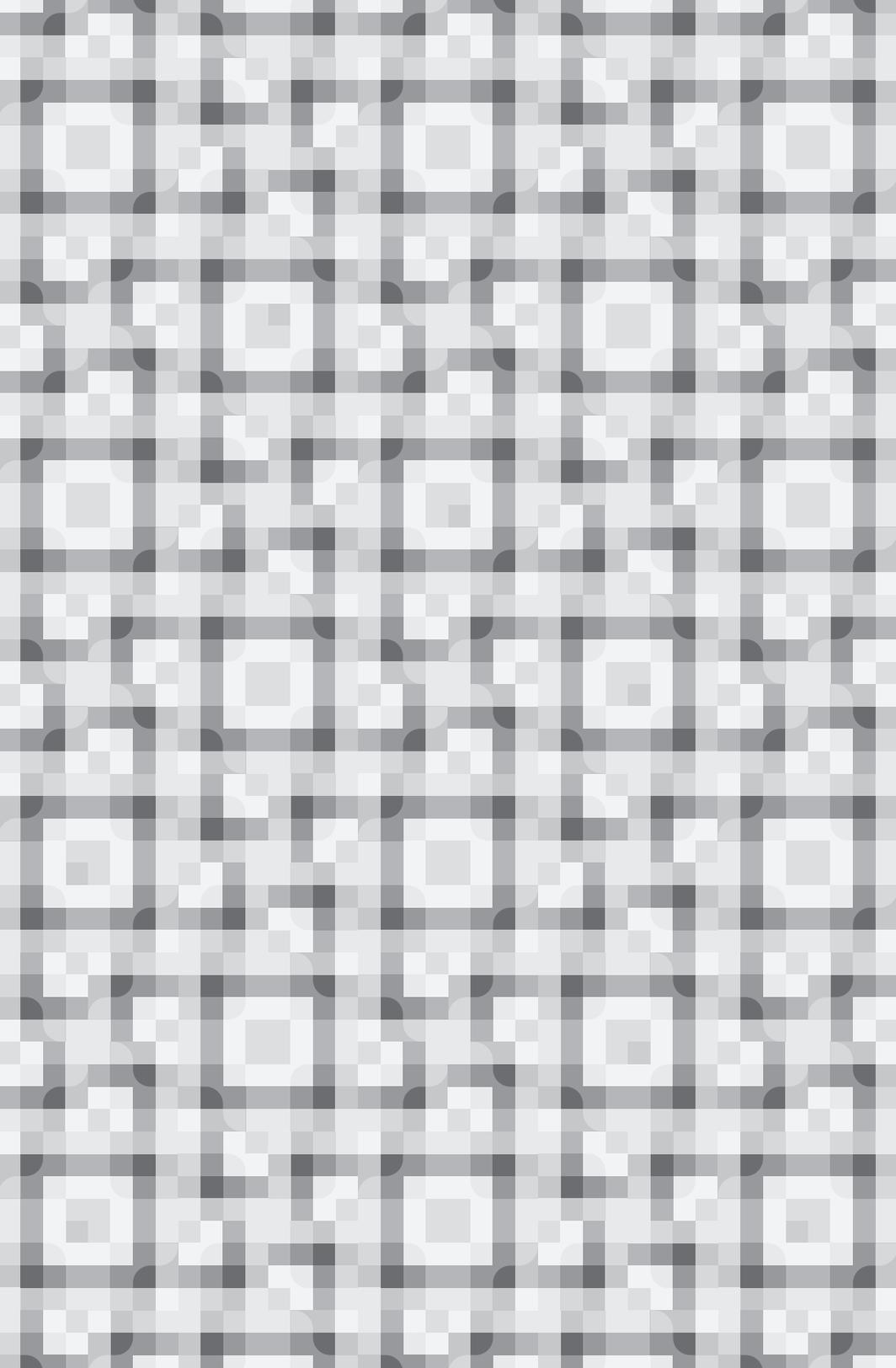
Mención honorífica:

- 111 Título: Miraba los horizontes
Seudónimo: Sinclair
Alumna: Aranza Mariana Hernández Flores
Carrera y semestre: Letras Hispánicas, 8° semestre

Selección de poemas destacados

- 113 Título: Cuando recuerdo
Seudónimo: Ratita emo 69
Alumno: Samuel Valdivia Villalobos
Carrera y semestre: Comunicación e Información, 6° semestre
- 114 Título: Reminiscencia
Seudónimo: Elara A. Aris
Alumna: Endy Yaren Arriaga López
Carrera y semestre: Artes Cinematográficas y Audiovisuales,
2° semestre
- 115 Título: Invisible
Seudónimo: Ryla
Alumna: Beatriz Varela Núñez
Carrera y semestre: Trabajo Social, 2° semestre
- 117 Título: Almas
Seudónimo: Amoye
Alumna: Mariana Alvarado Maldonado
Carrera y semestre: Artes Cinematográficas y Audiovisuales,
8° semestre

- 119 Título: Recuerdos de habitación
Seudónimo: Himnot
Alumna: Ana Paula Castañeda Corpus
Carrera y semestre: Docencia del Idioma Inglés, 2° semestre
- 120 Título: Monocardio
Seudónimo: Bastión
Alumno: Hamset Saldívar Mercado
Carrera y semestre: Bachillerato, 6° semestre
- 122 Título: La velocidad de una década
Seudónimo: Wendell
Alumno: Alberto Gutiérrez Martínez
Carrera y semestre: Comunicación e Información, 8° semestre
- 123 Título: Alienado entre las multitudes
Seudónimo: Rafael Morón
Alumno: Saúl Abraham Morales Piña
Carrera y semestre: Letras Hispánicas, 6° semestre
- 124 Título: Entre la gente
Seudónimo: JJ
Alumna: Sabrina Andrea Martínez González
Carrera y semestre: Derecho, 10° semestre
- 127 Título: Te olvido
Seudónimo: Karenin
Alumna: Alejandra Granados Olvera
Carrera y semestre: Nutrición, 2° semestre



PRESENTACIÓN

La vida no es lineal, es orgánica. Creamos nuestras vidas simbióticamente al explorar nuestros talentos en relación con las circunstancias que estos nos crean.

Sir Ken Robinson, “¡Bring on the Learning Revolution!”

La Universidad Autónoma de Aguascalientes se congratula en presentar este libro a su comunidad y a la sociedad en general. Esta publicación surge como testimonio del talento creativo y artístico presente en el alumnado de nuestra institución. La iniciativa *Talentos Universitarios* –en esta ocasión, en sus categorías de Poesía y Cuento, publicadas en febrero y marzo de 2025, respectivamente– representa una plataforma abierta para el descubrimiento y la expresión de capacidades artísticas, no solo entre estudiantes de carreras relacionadas con las artes o las humanidades, sino también entre aquellos provenientes de ingenierías, ciencias básicas, diseño y otras disciplinas. Todos los estudiantes poseen potencial creativo, y su desarrollo fomenta el crecimiento personal, fortalece las habilidades sociales y siembra el terreno para la realización futura.

Nuestra institución se reconoce a sí misma como un crisol donde el talento florece, impulsado por la pasión, la exploración y el aprendizaje continuo. Como reza una frase comúnmente –aunque errónea– atribuida al filósofo griego Platón, pero no por ello menos cierta: “El talento es como un árbol; el éxito, como su fruto: ambos dependen del cuidado que reciban”.

El programa *Talentos Universitarios* es una iniciativa coordinada por el Departamento de Difusión Cultural, con el propósito de proyectar y consolidar el talento artístico y cultural de nuestra comunidad estudiantil. En esta ocasión, se suma el Departamento Editorial para colaborar en la edición, impresión y publicación de este libro-testimonio. Como parte de esta colaboración, para la categoría de

Cuento, se incluyó en la convocatoria una temática especial sobre la relación entre México y España, con el fin de vincular este volumen al marco de la Feria del Libro UAA 2025, cuya edición tendrá como invitado de honor a la Unión de Editoriales Universitarias Españolas (UNE). Ambos departamentos forman parte de la Dirección General de Difusión y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, instancia que impulsa estas acciones como parte de una política institucional de fomento a la expresión creativa.

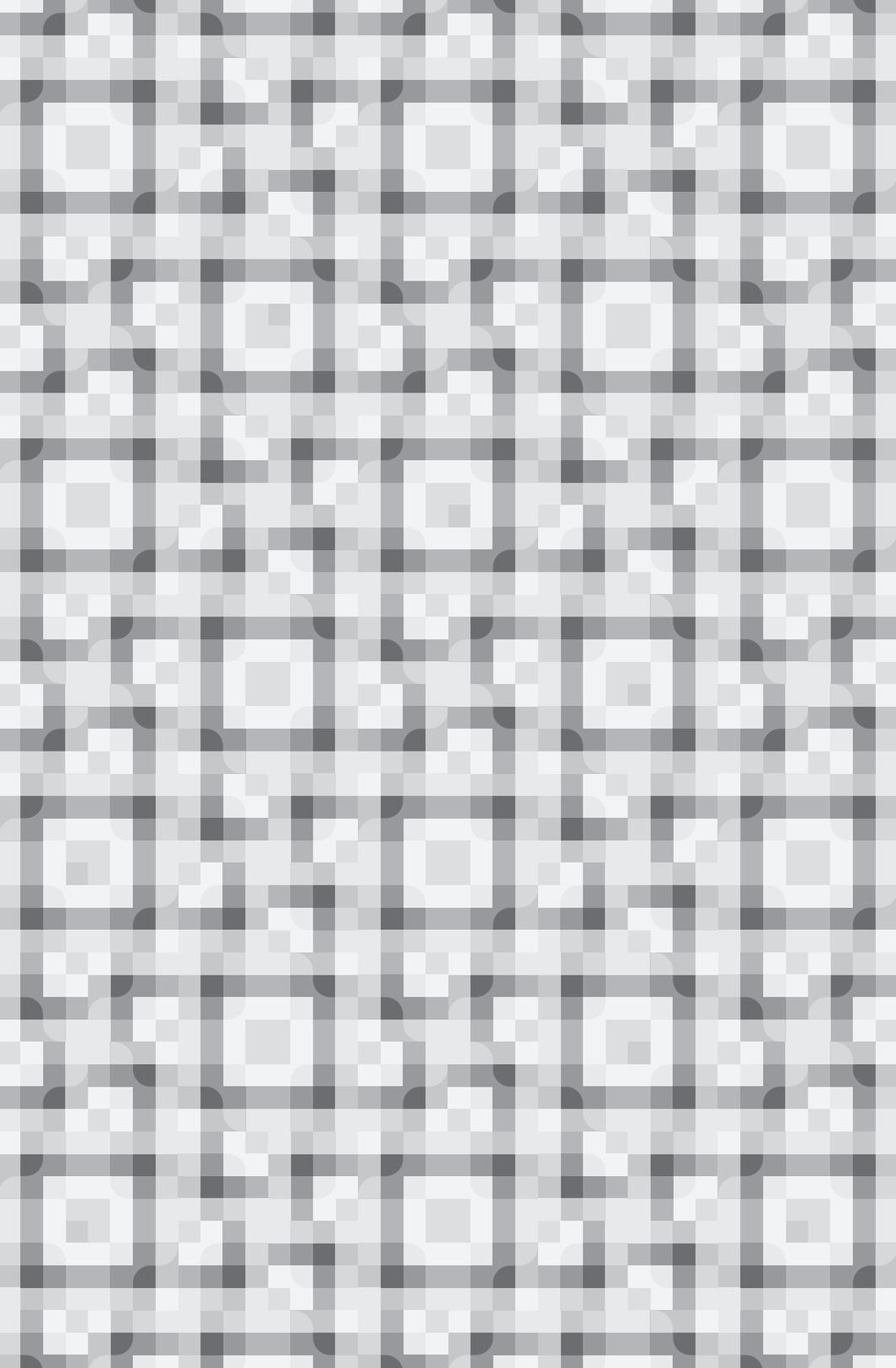
Con una trayectoria significativa, *Talentos Universitarios* tuvo sus primeras expresiones en 2006, desde la entonces Dirección General de Difusión. Con la creación del Centro Cultural Universitario en 2008, el programa se consolidó con su nombre actual. Sus primeros concursos comprendieron las categorías de música (rock y trova), cuento, poesía, declamación y oratoria. A lo largo del tiempo se han incorporado nuevas formas de expresión, como canto, danza, artes plásticas e ilustración digital —esta última, impulsada durante la contingencia sanitaria por COVID-19—, reflejando la diversidad y vitalidad del quehacer artístico universitario. También se han sumado actividades vinculadas al Festival Conmemorando a Nuestros Muertos, como Vistiendo a la Muerte, Calaveras literarias y Altares de Muerto, además de iniciativas recientes como Talentos Universitarios Conduce, y la transformación del concurso de música en Mayo Gallo Showcase.

El objetivo de estos certámenes ha sido siempre el mismo: brindar a los estudiantes de todos los niveles y programas académicos de nuestra institución un foro donde expresar su quehacer artístico. Esta expresión complementa su formación profesional, fomenta su desarrollo emocional, contribuye al equilibrio entre lo cognitivo y lo afectivo, y, en última instancia, fortalece una cultura universitaria más humana, plural y orientada a la cultura de paz.

Aguascalientes, Ags., México
Septiembre de 2025

Cuento

Temática: Relación México - España





Me pidieron que hiciera recuento de lo que aquí sucedió

Octavio Daniel Márquez Palomo

Me pidieron que hiciera recuento de lo que aquí sucedió, que hablase de los hombres de corazas relucientes y bestias nunca antes vistas, de los cañones que rompieron el aire con su trueno y de la sangre que tiñó los caminos. Pero ¿qué más puede decirse de esa conquista, si ya otros han dejado su rastro en la palabra? Atendiendo a ello, yo prefiero contar una conquista distinta, una que no tomó tierras a hombres, sino que arrebató un hombre a Dios.

Antes, cuando el mundo era solo el lago y sus márgenes, los días pasaban con la calma de quien nunca ha conocido el fin. La bruma de la mañana se alzaba sobre el agua, los reflejos del sol la volvían de oro, y las trajineras cortaban la superficie dejando en su estela la risa de los niños. Mis pies conocían los caminos de tierra húmeda, mis manos el tejido de las redes, mi cuerpo el ritmo de los canales en que corrían llevando vida a todo el pueblo, aún recuerdo mis pies de niña sumergiéndose entre lodo, yerba y lombrices.

Pero un día vinieron rumores de más allá del horizonte, de un sitio que no era lago ni río ni laguna, sino algo mayor, algo que nunca se acaba. Hablaban de una extensión de agua tan vasta que no tenía orillas, donde los hombres navegaban días enteros sin encontrar tierra firme. Decían que en esa lejanía vivían aquellos vestidos de hierro, hombres que no eran hombres, que no comían, que no dormían, que solo avanzaban con la determinación de la tormenta.

Las palabras vinieron antes, luego llegó la certeza.

Los primeros en llegar fueron los hombres de guerra, los que tenían la mirada de la serpiente y la mano rápida para la muerte. Eran de piel extraña, pálida como la flor del maguey, y su lengua era un sonido de piedras rodando en la garganta. Detrás de ellos vinieron otros, los de los números y los pergaminos, los que no llevaban armas, pero medían las tierras y las gentes con la frialdad del que observa un rebaño.

Aquellos hombres temían el agua. No se aventuraban en el lago si no era necesario, miraban sus sombras en la superficie con desconfianza. La tierra bajo nuestros pies, blanda y oscura los hacía vacilar. La niebla matinal les pesaba en el pecho como un mal presagio.

Y entre ellos, un día, llegó aquel hombre. Bajó de un carro que llevaba cebolla y papa y tres alteros de libros. Era distinto. No tenía la altivez del conquistador ni la certeza del contador. Era joven y alto, con ojos verdes que miraban sin ver, la nariz afilada y la piel oscurecida por el sol y la fatiga. Vestía una túnica vieja y empolvada, la cabeza rapada salvo por los lados, y de su cuello colgaban cuentas de madera que hacían: “cloc, clic, cloc, clic” con su paso. Caminaba de un lado al otro con unas alpargatas, unos pedazos de deshechas correas de cuero crudo y remendos de cuerda. Un tololo que siendo, después de los caballos, lo más interesante que había cruzado el mar.

No hablaba nuestra lengua, y aunque hablaba la lengua de los que llegaron, poco parecían entenderse. Hablaba solo y nadie le respondía. Se le veía ir de uno a otro, intentando encontrar sentido en las miradas, pero su voz se perdía en el aire.

Un día a la tarde, cuando el sol caía detrás de los cerros, el hombre caminó hasta la orilla del lago donde yo siempre tejía y se sentó. Se desató las sandalias y metió los pies en el agua. Fue la primera vez que me detuve a no solo mirar el humo sobre el espejo, sino a travesarlo y observar con el corazón. No sé qué fue lo que me detuvo a contemplarlo, ¿por qué no aparté la vista como lo hacían los otros? Tal vez porque él no tenía la dureza de los que llegaron primero, ni la indiferencia de los que vinieron después. Había algo en él que se deshacía, que se disolvía con cada día que pasaba en esta tierra ajena a él.

Desde ese momento, todas las tardes yo lo miraba desde la maleza, con la misma paciencia con la que el jaguar acecha en la espesura. Cada jornada repetía la misma rutina. Se esforzaba por hablar con los nuestros, pero nadie entendía sus palabras. Andaba de un lado a otro, buscaba en los rostros una respuesta que no llegaba. Y tras ello se hincaba y apretaba las manos frente al pecho con las cejas endurecidas sobre sus ojos cerrados, se hacía tan pesado en su orar que al llegar las vísperas de la noche sus rodillas se habían hundido hasta la mitad del muslo.

Con el tiempo, su cuerpo fue cediendo a la desesperanza. Cada noche se le veía más delgado, su túnica colgaba en él como un estandarte sin viento. Su piel, que antes llevaba la huella del sol, se tornaba ceniza.

Hasta que un día, al caer el sol, se sentó en la orilla del lago como de costumbre, pero ahora, comenzó a llorar.

El llanto temblaba en su pecho antes de salir, como si su alma misma se diluyera en lágrimas. Sus ojos, aunque verdes, lloraban como los de cualquiera. Mi calma cedió. Algo en ese vibrar me empujó a salir. Me deslicé entre la maleza, no para hablarle ni para preguntarle nada. Solo para tocarlo. Para que supiera que no era invisible.

Pero antes de que pudiera acercarme, él se deshizo de su túnica y esta cayó en tierra como si de plomo estuviera hecha.

Quedó desnudo ante el lago. Su cuerpo delgado y marcado por la falta de alimento, sus huesos apenas ocultos por la piel, la musculatura de alguien que ha caminado demasiado y comido poco. Las costillas se asomaban en su pecho, el vientre era solo la sombra de su columna.

Y, sin embargo, en su delgadez había algo más fuerte que la carne. Algo que lo hacía ajeno a sí mismo, como si ya no se perteneciera.

Se metió en el agua. Y, yo, me fui acercando.

Miraba entre la maleza, y la espesura dejó que me deslizara sin ruido. Él se arrodilló en la orilla un momento y luego hundió los pies en el agua, el llanto recorría sus mejillas, lindos y frustrados ríos que iban de sus ojos hasta el cuello.

Fue internándose en el agua y su cuerpo flaco, tallado por el hambre, brillaba como luna entre la oscuridad del lago, se encorvó un momento, como si su propia desnudez le pesara. Bajó al agua con una lentitud que parecía ceremonia, y cuando el frío lo cubrió hasta el pecho, dejó ir el aire con un suspiro que retumbó en la superficie.

El lago lo envolvía. La luz nocturna tocaba el agua y la hacía respirar en reflejos celestes, haciendo que toda la bóveda estuviera contenida en aquel lago con él siendo el centro.

Observé desde la sombra, inmóvil, y sin darme cuenta seguía avanzando, hasta que sentí la humedad en los tobillos. El agua me subía por las piernas, resbalaba por mi piel oscura, anillaba mis anchas caderas y el agua rizada por el viento mecía el peso de mis senos.

Él tenía la mirada en otra parte cuando avancé. Entre nosotros, la unión de ambas respiraciones hacía un hilo que se tejía y se tensaba al centro del lago contrayéndonos con impetuoso cariño.

Me vio cuando ya estaba cerca, cuando el resplandor sobre las ondas reveló mi forma. Un instante, su pecho se crispó, pero el temor se disipó con curiosidad, sus ojos enjuagados con lágrimas embriagaban de flores mi corazón.

No hubo palabras. No hacían falta. Cuando su aliento y el mío al fin se alcanzaron descansando en el cuerpo del otro, levanté mi mano y con un dedo le toqué la nariz. La gota que dejé sobre la punta de su piel tembló un momento antes de caer. Bajé por su mejilla, y él dejó que mi tacto lo dibujara. Cuando llegué a su mandíbula, sus dedos emergieron del agua y atrapó mi muñeca para después deslizarse entre falanges y sus guerreros con los míos descansaron intrincados. Con su otra mano, su pulgar rozó mis labios y dejó en ellos el peso de otra gota. Le besé la nariz. Ruborizados nuestros reflejos se encontraron en el agua que nos imitaba. Se miraron antes de que nosotros lo hiciéramos.

El calor subía del fondo del lago. Subía con el roce de su mano que bajaba por mi espalda y con la mía que ascendía por su pecho. Sus dedos descubrieron la curva de mis caderas, y las líneas de su carne se marcaron contra la mía. El agua temblaba con nuestra respiración.

El primer roce fue apenas una insinuación, un movimiento imperceptible, pero la corriente se llevó la prudencia y en su lugar dejó el instinto, ese ritmo ajeno a la razón. La humedad que nos rodeaba no era solo la del lago, era la de la carne que reclama su sitio, la de la boca que encuentra su cauce en la piel del otro.

El vaivén del agua dictaba el compás. No había voluntad, solo el fluir. Con atención aprendía la forma de mis senos, la tersura de mis muslos, el surco que recorre mi espalda. La presión de sus dedos me hundía más en la certeza de que no era un encuentro, sino un regreso. Su boca dejó su alma en mi cuello y mi piel se estremeció con la certeza de su presencia, de su cuerpo dentro del mío, de la unidad que se había sellado sin que ninguno pudiera advertirlo.

El agua nos separaba y nos unía a la vez, desdibujaba los límites de lo que éramos antes de ese instante. Nuestros cuerpos se movían como guiados por una fuerza que venía de más atrás que nosotros, más atrás que las palabras, más atrás que el océano que lo trajo hasta mí. El peso de su deseo hundiéndose en mi vientre me hacía olvidar el aire, olvidar

el fin de mi cuerpo y el inicio del suyo, olvidar que alguna vez habíamos sido dos.

Su cuerpo me sostenía con la urgencia de quien se aferra a algo que no quiere perder. Su pecho golpeaba contra el mío con violencia. La marea subió, arrastrándonos con ella. La presión creció entre nosotros hasta que la última ola nos envolvió en su cima y nos dejó caer juntos. En ese instante, cuando el calor se esparció entre nuestras piernas y el agua nos rodeó en su abrazo final, entendí por qué todo había sucedido así. Por qué el océano lo había traído, por qué el lago lo había acogido, por qué mi cuerpo lo había esperado sin saberlo.

No era una cuestión de voluntad. No era el designio de un dios ni la tentación de un demonio. Era el agua reclamando lo que le pertenecía. Era la tierra asegurándose de que todo volviera a su cauce. Era el principio de algo que nunca debió estar separado. Y yo sabía que, aunque el tiempo nos arrastrara lejos, aunque la historia nos olvidara, el eco de esta unión seguiría vibrando en el agua, como la estela de una barca que se aleja, pero nunca desaparece.

Posfacio

Pasaron meses y luego años en que fuimos amigos de gran aprecio. Al morir mi padre, él me alojó en una casa grande casi en ruinas cerca del lago que pertenecía a uno de sus hermanos que había ido a trabajar las minas. Al irse él, tras quedar víctima de fiebre y del hambre de un oso en una expedición tierra adentro, quedé sola con dos idiomas nuevos y un pilar de libros. Pasaba mis tardes leyendo aquello, a ver si en esas páginas lo encontraba, esforzándome por recordar las clases de teología y latín de mi comido maestro, tanto que llegué a sostener largas conversaciones con san Agustín y Aristóteles mientras tejía, y se me desformaba tanto el semblante que muchos habránme tenido por loca. Y entre esto, mi edad y la fama de sacrílega profanadora del velo sa-

grado, mis esperanzas en esta comunidad se redujeron a las de celestina —libro que tenía bien guardado el amigo—, y entonces empecé a desempeñar aquella labor. Sin embargo, al cabo de unos años, las ingratas damas a las que acomodaba con encomenderos y licenciados, dada la facilidad de idioma, dejábanme con más gastos que despensa, pues sus retoñillos vaciaban la humilde alacena de quien habla. Cuando llegué a completar discípulos para la Última Cena, me quedé sin damas que sostuvieran tal jauría de tragones.

Lo peor del caso es que, viendo esto, lo mejor que se me ocurrió fue ponerles nombre. Puesto que ya había señalado el símil con los discípulos, me fue fácil. Decidí formarlos por estaturas e irlas nombrando: a los primeros cuatro, Pedro, Andrés, Juan y Santiago; y por no repetir Santiago, al quinto púsele Agustín; luego Felipe, Bartolomé y Tomás; al noveno lo llamé Leví, porque me pareció más místico que Mateo. Cuando llegué a los Judas, resolví llamarlos Tadeo y Tlacaélel, por no perpetuar ese nombre, no por fervor religioso, sino por mero buen gusto; y al último, que debía ser Simón, insistió con que ya tenía nombre, a lo que tardé en explicarle que “Perro” no era nombre real, pero, siendo lo malcriado que era, terminamos llamándolo Simón Perro, aunque después se quiso cambiar el nombre a Gonzalo.

Y, al ser bestia nombrada, es bestia amada. Los contemplé, dándome cuenta de que ya hacía tiempo que no observaba nada como ahora lo hacía: güerejitos narigones, caritas ovaladas y ojos de tuna, bocas chicas y pieles morenas. Veía el inicio de algo nuevo, un mundo que era desconocido para todos, uno que sin ser España era español, y sin ser mexica era mexicano.

Con el compromiso a cuestras, por fin limpié y sacudí aquella casa vieja para dejarla lo mejor un se pudiera, busqué en labranzas y en haciendas, pero nada alcanzaba, hasta que, puesto el convento de San Bernardino, escuché que se presentarían comedias, a las que asistí con mi respectivo séquito. A mitad de la función, Aristóteles no me dejaba de molestar, diciéndome que yo podría haber escrito mejor

aquella comedia. Con la cara retorcida salimos de ahí, y los mestizos concluyeron que era por mi pasado profano, y que era la presencia de Dios la que me alteraba de esta manera.

Al llegar a casa tomé un camisón y, sobre este, comencé a escribir una nueva comedia; y por la mañana ya había acabado una jornada en tres camisonos y la sábana. Llevé el camisón fuera para lavarlo y, al darme cuenta de que Bartolomé corría con la camisa y con nada por debajo, dejé el camisón y fui a poner orden. Al salir de tapar las menudencias del niño, me encontré con un fraile que leía mi camisón. Él me dijo que le parecía buena y me preguntó por quién la había escrito. Iba a decir que yo, pero Aristóteles me detuvo, a lo que decidí que sería mejor adjudicarla a fray Gonzalo de Xochimilco, quien supuestamente fue autor y me las había dicho, y yo las había aprendido de memoria. Así fue como me volví escritora de comedias, y gracias a ello pude alimentar a muchos huerfanitos, no solo doce, sino cientos, o tal vez más, a los cuales hoy agradezco que vengan con nombre.

Hoy, en el ocaso de mi vida, los autores de mi cabeza me piden que deje por escrito lo que aquí sucedió. Pero, aunque ellos lo pidan, este texto es dedicado a todos esos mestizos que reniegan de su pasado, para que encuentren la paz entendiendo que nada de lo que son sería sin su pasado. Abrácenlo y obsérvenlo con el corazón, pues es la única manera de ver lo valioso de nuestra vida.

Al ser este mi primer texto sin el nombre de aquel fraile amigo, he decidido nombrarme con un anagrama casi exacto del autor que más admiro.

Escrito por Noelia Palmad.

El trote de dos caballos

Juan Pablo De Velasco Macías

El hambre es ahora nuestro vecino, el ciudadano infaltable en esta tierra que es mi hogar, el invasor de esta comunidad a la que he pasado una vida defendiendo. Bajo este asedio en el que se pierde la cuenta de los días, las calzadas y puentes se han cerrado para convertir nuestros hogares en tumbas; la enfermedad y el hambre se ciernen sobre nosotros como un recordatorio de quienes están al otro lado del lago, listos para venir por nosotros; un recordatorio de que la gloria ha terminado, que solo podemos esperar la muerte. Y así esperamos cada día, temiendo oír el sonido de las bestias; aguantamos expectantes y firmes a escuchar los relinchos de sus bocas y el choque de sus cuatro patas contra el suelo.

Esperamos hasta que ya no hay que hacerlo, hasta que recibimos la señal, hasta que los rumores invaden a la población y se tornan en una verdad innegable: los hombres barbudos han cruzado el lago.

Esas últimas horas son difusas en su mayoría; no sé en qué momento nuestra valiente resistencia se tornó en una huida en la que cada uno estaba por su cuenta. Pero hay algo que sí recuerdo, el primer enemigo al que enfrenté en este día; no apareció ante mí un hombre barbado a lomos de su extraña montura, en vez de eso, recibí en la batalla a un

hombre moreno que luchaba a pie con cuchillo en mano, un traidor entre los pueblos a los que hicimos rendirse ante el tlatoani o un enemigo de los grupos obstinados que nunca se sublevaron a nuestras fuerzas.

No hice distinción, se unió al invasor y como tal lo traté; tomó las armas contra mi gente y mi hogar, sin dejar lugar para treguas. De mí solo recibió la rabia de mi alma; lancé golpe tras golpe hasta que mi arma quebró su cuello, dándole un beso de obsidiana que hizo brotar la sangre de su garganta, mientras su cuerpo agonizante caía al suelo. Vi la sangre de mi rival caer al suelo y, a lo lejos, las llamas se alzaron sobre los techos de mi hogar. ¿Estamos los hijos de esta tierra condenados a enfrentarnos entre nosotros? ¿Es nuestro destino ser siempre pisoteados? ¿Existirá algún lugar y tiempo para una nueva Tenochtitlan? ¿Una metrópolis donde la ausencia de discordia y tiranía dé lugar a una gloria que arda como un fuego que nunca se consume? ¿La merecemos? ¿Merecemos esto?

—

El caballo no ha parado de jalonearse en todo el camino de regreso a la hacienda, y no podía ser de otra forma; el potro salvaje se encuentra por primera vez atado por las sogas y obligado a caminar lado a lado con las personas. Yo mismo lancé la reata que hizo que el animal finalmente se rindiera, pero entre todos nosotros hemos tenido que traerlo a fuerzas para guardarlo y amansarlo.

Qué cara pondrían los terratenientes y hacendados más allá de Azcapotzalco si vieran la particular comitiva que regresaba de lazar corceles: indios a caballo, como en ningún otro lugar fuera de la Hacienda de Careaga se permitía, un par de criollos enviados a trabajar por sus padres para que fuesen alumnos de las labores del campo y luego regresasen como maestros a sus propios terrenos, y otros pocos mestizos, entre los que me cuento.

Qué cara no puse yo cuando entré a trabajar en esta hacienda; yo, un hijo de europeo y madre indígena, un mestizo que queda bailando entre los estratos de estas villas, pasé una vida juzgado en silencio por ojos de gachupines e indios por igual. Yo mismo aprendí de sus miradas a juzgar con las mías, a maltratar sin levantar mano y a ofender sin abrir la boca; pero al llegar a la Hacienda de Careaga, tuve que aprender a aplacar el perjuicio y trabajar codo a codo con gente de toda casta, porque en las tierras del padre Sebastián hasta el negro es tratado a cuerpo de rey y el indio monta al animal del español.

En esta hacienda uno debe aprender un poco de todo, se me ha enseñado a cultivar los campos, he cuidado de ovejas y he trabajado con bueyes, he montado carretas y hasta he ayudado a componerlas; aquí me dijeron cómo usar la reata y me terminaron de enseñar el cómo montar un caballo. Pero por primera vez me he decidido a amansar por mi propia cuenta a un potro; domaré al animal que hemos agarrado esta mañana, este caballo será mi montura.

—

En medio de la retirada y la masacre, encontré a un compañero, un vecino que también defendía la ciudad, quien ahora me acompaña mientras nos ocultamos como lagartijas entre troncos y piedras, material que serviría para formar hogares y templos, pero se ha reducido a ser nuestro escondite.

Levanto un poco la mirada y lo observo, un invasor unido a su montura, portando su arma que escupe fuego. Hace no mucho les recibimos como dioses que venían de donde sale el sol, pero aun con todos los misterios que esconden sus armas estruendosas y las bestias de cuatro patas con las que se vuelven uno, han demostrado que no son más que hombres, y como tales, pueden errar, pueden sangrar y pueden morir.

Con esa idea en mente, mi acompañante y yo iniciamos un desesperado plan; mi aliado se aleja llamando la atención del enemigo, haciéndose notar lo suficiente para convertirse

en una opción de blanco para un disparo, pero con la suficiente cautela para que, con algo de suerte, el invasor no pueda acertar. El arma retumba salvajemente dándome la señal para poder acercarme; el rival está distraído con mi camarada, en estos momentos no logro preocuparme por su destino, solo puedo enfocarme en concretar el plan; me lanzo velozmente contra el enemigo, le sorprendo atacándolo por la derecha, con un golpe de un improvisado garrote logro separarlo de su montura y cae al suelo.

No comprendo la naturaleza de estos seres; andan en dos pies como cualquiera, pero pueden hacerse uno con sus mascotas, esas cosas que llaman “caballos”, y en esa fusión aprenden a correr en cuatro patas. No comprendo su naturaleza, pero la he aprovechado para separarlos. El falso dios, el embustero invasor, ahora se encuentra derribado en la tierra; no tengo piedad con él, azoto mi garrote una y otra vez contra su cráneo, y cuando no es suficiente, tomo una roca del suelo para rematarlo. Sigo dando golpes contra el cadáver destrozado hasta que un relincho me devuelve a la realidad y me recuerda una vez más lo poco que comprendo la naturaleza de estos seres; olvidé que la montura puede seguir andando sin su jinete, nunca cometeré ese error de nuevo, no tendré oportunidad, porque al darme la vuelta veo cómo las patas del animal se abalanzan salvajemente contra mí.

—

Otro día en el que vuelvo a besar el suelo y me arrastro torpemente fuera del corral. Mis esfuerzos terminan otra vez en fracaso y no logro domar al caballo; al salir de la cerca, escucho al caporal riéndose de mi caída, cuando termina de burlarse, repite los consejos que me ha dado muchas veces, me recomienda que pase los ratos libres acercándome al caballo con comida y buenos tratos en vez de solo encontrarme con el animal al momento de dominarlo. Le ignoro; el caballo ha pasado semanas en los establos, ya se debe haber

acostumbrado a la presencia de las personas, solamente es cuestión de seguir insistiendo y terminará por rendirse.

Me pongo a pensar que antes de trabajar aquí ni siquiera me hubiera atrevido a pensar en domar por mi cuenta a un caballo silvestre. Nunca fui ajeno a estos animales, pero mi relación con ellos ha sido algo extraña. En la infancia, borrosa y lejana, conviví con los caballos famélicos de mi padre venido a menos, potros enfermizos y débiles que nunca se acostumbraron al continente. Estas escasas convivencias se mezclan con el sentimiento que sentía mi madre hacia estos animales, a pesar de que la vida matrimonial le había acercado a estos animales, ella tenía muy grabados los relatos de viejos familiares que hablaban de estos como bestias usadas como herramientas de conquista, un sentir heredado que alcanzó a permear en mi forma de verles.

Traigo mis pensamientos de regreso al presente; el derribo me ha dejado el cuerpo adolorido y las rodillas ensangrentadas. Esto está empezando a hartarme; mi insistencia parece no ha sido suficiente para dar los resultados que quería. Una vez más me enfrento a la realidad de que tengo que dejar la terquedad de lado; tengo que intentar una manera diferente de domar al caballo.

—

El dolor se apodera de mí; por cada movimiento de la bestia siento cuatro pezuñas que se hunden en mi carne. Sus pisadas encabritadas van destrozando mi cuerpo en una serie de golpes interminables, mis huesos se parten bajo su mortal baile; hay tantas partes de mi cuerpo que arden en carne viva por el dolor, y otras tantas que ya no las siento. El peso del animal hace que la sangrante piel de mi espalda se vaya hundiendo en la arena. Y de repente el monstruo se detiene, sus patas dejan de pisotear mi cuerpo mientras se aleja marchando a quién sabe dónde. Caballo, qué palabra tan extraña, qué bestia tan aterradora.

Me quedo tendido en el suelo, agonizante, esperando a que un enemigo venga a reclamar victoria y me remate, o a que un amigo sienta compasión de mí y le dé fin a esto. Pero la muerte rápida nunca llega; solo recibo un lento deceso que se siente interminable, me desangro lentamente sobre la tierra que fue mi hogar. Porque en toda tierra donde la bestia que es la discordia no logra domarse, solo quedan sus huellas cubiertas de sangre.

—

Me retiro impaciente a la misión que me he impuesto, hoy tengo que domar a ese caballo por mi cuenta, o le pasarán la tarea a cualquier otro hasta que logren amansar a ese potro y hagan que sirva de algo en la hacienda. Un sentimiento me impide rendirme; algo más que la terquedad me devuelve una y otra vez a ese corral; la pasión y el orgullo han vuelto de esta tarea mi principal compromiso.

He aceptado los consejos del caporal, he aceptado la guía de otros trabajadores a la espera de lograr mi cometido; llevo varios días acercándome al caballo para alimentarlo y limpiarlo, acostumbrándolo a mi presencia en un intento de aplacarle; espero que dé resultado. Agradezco la ayuda, una vez más me han recordado que si queremos prosperar en esta hacienda, en esta tierra, no queda otro camino más que el de la colaboración.

Finalmente me subo a los lomos del animal, y una vez más el equino se encabrita y da decenas de brincos para quitarme de encima, sus coléricos esfuerzos empiezan a dar resultados, siento como mis piernas se separan de su cuerpo y mis manos amenazan con soltarse, pero hago un último esfuerzo por agarrarme de la silla que me devuelve algo de estabilidad. La pelea entre montura y jinete continúa hasta que los brincos pasan a ser un trote brusco, y tras muchos segundos que se sienten eternos, hasta que esa brusquedad desaparece y llega la quietud. He domado al caballo.

Cuando el cielo se partió en dos

Alexandra Sosa Eguia

Cuentan los ancianos del pueblo que cuando el sol y la luna eran jóvenes, los dioses caminaban entre los hombres. En Yucatán, los templos de piedra se elevaban hacia el firmamento y el conocimiento de las estrellas se guardaba en códices de corteza pintados con tintes de la selva.

Esta es la historia que nadie escribe, pero todos recuerdan. *La historia de cuando los cielos se partieron en dos.*

Kulkán observaba desde lo alto de la gran pirámide. Su mirada, antigua como el tiempo, recorría las costas donde extrañas embarcaciones habían anclado. Veía templos saqueados, códices ardiendo en hogueras extranjeras, y a su pueblo arrodillándose ante un dios único que negaba a todos los demás.

—¡Esto no será tolerado! —proclamó, y su voz sacudió las ceibas sagradas—. ¡La sangre de esta tierra es nuestra desde que el primer amanecer tocó sus aguas! Aquella noche, cuando la luna se ocultó para no presenciar lo que estaba por venir, Kulkán convocó a los tres pilares del mundo maya. En la cámara más profunda del inframundo, donde ni siquiera los muertos se atrevían a entrar, se reunieron los grandes poderes:

Chaac llegó primero, su cuerpo azul resplandeciente, portando sus hachas de jade con las que cortaba el cielo para hacer llover. —¡Los ríos reclaman venganza! —tronó.

Ah Puch se materializó como una sombra, su rostro de calavera adornado con ojos de obsidiana. —Las almas de nuestros fieles llegan confundidas al Xibalbá, —comunicó con voz que helaba la sangre—. Ya no saben a qué mundo pertenecen.

Por último, emergió Itzamná, el más antiguo, cuya sabiduría había nombrado todas las cosas al principio de la creación. —¡Nuestro conocimiento se convierte en cenizas! —sentenció con pesar infinito.

Kukulkán, imponente y majestuoso, dictó entonces: —¡Yo, que camino entre las estrellas y desciendo a la tierra, declaro que resistiremos! Chaac, destruye sus barcos con tormentas. Ah Puch, siembra la enfermedad entre los invasores. Itzamná, confunde sus mentes.

Y así, los dioses mayas declararon la guerra contra los recién llegados.

Desde su trono en lo más alto de la dimensión celestial, Dios percibió la amenaza. Su mirada omnisciente había seguido a sus hijos españoles mientras cruzaban el océano, llevando su palabra a tierras desconocidas.

Con un pensamiento que atravesó las esferas celestiales, convocó a sus tres guerreros principales.

Miguel llegó primero, su armadura resplandeciente como mil soles. —Los falsos dioses se rebelan, padre. Permíteme reducirlos a la nada.

Gabriel apareció con sus alas extendidas, portador de mensajes divinos. —Tu palabra prevalecerá en esta tierra como en todas las demás.

Por último, Rafael se materializó envuelto en luz curativa. —Ningún maleficio perdurará contra tus fieles.

Dios no respondió con palabras. Su mirada atravesó los velos del tiempo mientras un gesto imperceptible transmitió su voluntad. Los arcángeles comprendieron sin necesidad de explicaciones: debían actuar en las sombras de la histo-

ria, invisibles pero presentes, como la mano que mueve el tablero sin mostrar sus designios.

Los arcángeles descendieron invisibles para los ojos mortales. La guerra divina había comenzado en planos que los humanos apenas podían intuir.

Chaac desató tormentas contra las carabelas, olas que se alzaban como montañas líquidas. —¡Regresen a sus tierras o sean devorados por mis aguas! —rugía en cada trueno.

Pero Rafael extendía sus alas sobre los barcos, calmando las aguas con suave determinación. —La tormenta pasará, pero Su palabra es eterna —susurraba al oído de los marinos aterrados.

Ah Puch recorría los campamentos españoles, su aliento frío sembrando fiebres y males desconocidos. —¡Ni sus armaduras ni su dios les protegerán de la muerte que soy! —declaraba mientras los hombres caían.

Gabriel se movía entre los moribundos, infundiendo esperanza donde solo había desesperación. —Tu misión trasciende la carne mortal. Él no te abandonará. Itzamná guiaba a los últimos escribas para ocultar códigos en cuevas y conocimiento en memorias. —El conocimiento es inmortal. Nuestra sabiduría encontrará caminos para sobrevivir.

Miguel daba valor a los conquistadores en momentos de duda, encendiendo en ellos un fuego inquebrantable. —Cada paso que des es un paso de la historia divina. ¡La cruz prevalecerá!

Mientras en la superficie la conquista avanzaba con espadas y cruces, en el plano espiritual la guerra entre deidades alcanzaba su apogeo.

Con el paso de las lunas, Kukulcán convocó nuevamente a los dioses. Su plumaje, antes brillante con todos los colores del mundo, ahora lucía opaco como cenizas frías.

—Nuestra fuerza disminuye con cada templo derribado y cada altar destruido —admitió con voz que ya no hacía temblar montañas—. ¡El dios que ellos traen no lucha como nosotros!

—Sus emisarios son poderosos —observó Chaac, cuyas tormentas ya no respondían con la misma intensidad a su llamado—. No pelean; persuaden. —Es porque no quieren esta tierra —comprendió Itzamná con su sabiduría infinita—. Quieren las almas. Y cada alma que ganan nos debilita más que mil templos destruidos.

Ah Puch, siempre pragmático en su dominio de la muerte, sentenció con voz sepulcral: —Así como el sol devora el día, el olvido devora a los dioses y mortales por igual. La verdadera extinción no viene de mi mano, sino del silencio de los que ya no pronuncian nuestros nombres.

Ante esta verdad implacable, los dioses ascendieron para contemplar la tierra desde las alturas divinas. Donde antes se alzaban pirámides escalonadas, ahora se erigían iglesias de piedra blanca. Donde los sacerdotes consultaban las estrellas en observatorios sagrados, ahora los frailes predicaban sobre santos y salvación eterna.

Kukulkán cayó de rodillas, sintiendo por primera vez el peso de la derrota. Incluso Ah Puch, quien siempre había encontrado deleite en la extinción de toda vida, por primera vez en su existencia eterna no halló satisfacción en el desenlace que presenciaba.

Fue entonces cuando el señor de la muerte, con su visión que penetraba todas las sombras, señaló algo que los demás no habían notado.

—¡Observen! —indicó con un gesto de su mano esquelética.

En cuevas ocultas por la espesura, en chozas alejadas de los caminos, en rincones donde las sombras eran más densas, pequeños grupos de mayas mantenían vivas las viejas costumbres. Dejaban ofrendas de copal y maíz, susurraban plegarias en lenguas que los españoles no comprendían, tallaban disimuladamente los símbolos sagrados bajo apariencias cristianas.

—Nos ocultan como un tesoro en las profundidades —murmuró Itzamná—. Como semillas que esperan la estación propicia para germinar.

Kukulkán se irguió lentamente, su figura divina menguada, pero conservando la dignidad de lo eterno.

—¡Este no es el fin de nuestra existencia divina! —proclamó con voz que resonaba a través de las edades—. ¡Es meramente una fase en el ciclo eterno del cosmos! ¡Como la noche sigue al día, nuestro tiempo volverá!

Los dioses comprendieron entonces que una nueva forma de existencia comenzaba para ellos. Ya no serían adorados en templos magníficos bajo el sol del mediodía, sino reverenciados en la intimidad de los corazones fieles. Kukulkán extendió sus alas una última vez hacia el cielo infinito y pronunció con una voz que atravesaba los siglos:

—Mientras un solo corazón recuerde nuestros nombres, dormiremos entre las cenizas, pero cuando nuestro pueblo despierte a su verdadera esencia, cuando recuerde quién fue y quién puede ser, resurgiremos.

En el plano celestial, los arcángeles regresaban a la presencia divina.

—La batalla ha terminado, padre —informó Miguel, inclinando su espada—. Tu palabra se extiende por estas nuevas tierras.

Dios, con su mirada que abarcaba todos los tiempos y todos los espacios, observaba la persistencia de las antiguas creencias, transformadas, pero aún vivas, en los corazones mestizos.

—Lo que ves como final es apenas un hilo en el tejido universal —respondió con voz que era tanto silencio como luz—. *Cada batalla, cada sacrificio, cada plegaria susurrada forma parte de un designio que trasciende la comprensión de dioses y mortales.*

Dicen los viejos del pueblo que en las noches más oscuras, cuando el viento sopla entre las ceibas y mueve las cruces de las iglesias coloniales, se escuchan susurros en lenguas antiguas.

Son las voces de los dioses mayas que duermen entre las cenizas, pacientes, eternos, esperando su momento de regreso. Porque aunque sus templos se volvieron ruinas cubiertas

por la selva, ningún dios desaparece realmente mientras alguien pronuncie su nombre con verdadera fe.

En el México nacido de aquel choque divino, la gente sigue dejando ofrendas en lugares secretos, continúa susurrando nombres antiguos mientras se persigna ante imágenes cristianas. En el sincretismo encontraron la forma de honrar a dos mundos que parecían irreconciliables.

Kukulkán y los dioses mayas esperan. La guerra terminó hace siglos, pero la promesa del regreso sigue viva como brasa bajo cenizas aparentemente frías. Cuando el último descendiente de aquellos que vieron llegar a los españoles despierte a la verdad ancestral de su herencia, los antiguos dioses se levantarán de nuevo para caminar sobre la tierra que nunca dejó de ser suya.

Porque así lo dictó la serpiente emplumada: “Cuando nuestro pueblo despierte, nosotros también volveremos”.

El tren que giró hacia atrás

Damara Haniel Cedillo Tenorio

Era el último vagón del último tren, y por eso nadie más vio cómo los asientos de plástico se convirtieron en madera tallada con iniciales españolas y una fecha: 1939.

El chirrido de las ruedas sonó distinto esa noche, más gutural, como si estuvieran arrastrando cadenas. Alejandra abrió los ojos y el mundo se había transformado: los asientos del metro ya no eran azules, sino de cuero agrietado por el tiempo. El aire olía a cigarrillos amargos y arena de playa, igual que su abuelito cuando hablaba de la guerra.

Alejandra se aferró al pañuelo morado que le envolvía el cuello, un triángulo desteñido con hilos rojos que se escapaban como heridas, y buscó con la mirada a los otros pasajeros. El vagón, que tan sólo momentos antes había gozado de vida, estaba vacío. Demasiado vacío.

—Ya va otra vez que me quedo dormida... —murmuró Alejandra. Parpadeó, y entre un parpadeo y otro, el mundo se deshizo y volvió a tejerse.

El aire, que antes olía a desinfectante y chicle, ahora le sabía a carbón y lágrimas secas. El zumbido eléctrico del metro se había convertido en el quejido lastimero de un tren de vapor, como si las paredes del vagón guardaran memorias de otros viajes y, junto con ellos, de otras vidas.

Miró por la ventana.

La noche ya no era oscura, era un lienzo desgarrado con destellos rojos que estallaban en el horizonte, iluminando por segundos el humo que bloqueaba las estrellas. Era tan hermoso como los fuegos artificiales de un festival en la Ciudad de México, pero cada explosión dejaba cicatrices de luz en sus ojos, recordándole que aquello no era un sueño.

El tren se detuvo y el silencio fue peor que el ruido. Fuera, no había andén, no había ciudad, no había nadie. Solo campos abiertos, bañados por esa luz roja que respiraba su calma y la transformaba en extrañeza.

Alejandra apretó el pañuelo morado contra su pecho.

—Esto no es México —susurró, y el ruido del vagón abriéndose se robó su voz.

Pasaron los minutos y cuando Alejandra no vio a nadie acercarse, ni siquiera a un encargado del metro, se armó de valor y se decidió a salir por esa puerta que parecía saber su nombre.

El primer paso al exterior se sintió diferente, no como pisar en un sueño, sino como pisar en una realidad a la que parecía pertenecer desde antes. Recordó a su abuelito y cómo esa misma mañana le había dicho que el valor nacía en los pies y que de ahí se extendía por todo el cuerpo y provocaba movimiento. Alejandra se dejó llevar por él para bajar por completo y ser parte de aquel mundo nuevo que se extendía a su alrededor.

Quiso mirar hacia el metro, pero el tren se había convertido en un único vagón descarriado, del que crecía hierba como si nunca hubiera existido la posibilidad de que alguien pudiera haber salido de entre ella. Las explosiones seguían cantando a lo lejos, como si la guerra fuera un monstruo que respiraba en la oscuridad, esperándola.

Los grillos callaban. Sólo quedaba el eco de las cimitarras, no de insectos, sino de acero, y de un niño. Lo vio junto a un charco, llenando un cántaro con agua turbia, la silueta frágil lucía recortada contra los destellos del horizonte.

—¡Espera! —corrió hacia él, con las palabras brotando antes que su pensamiento—. El agua está muy sucia.

El niño alzó la mirada. Sus ojos eran resplandecientes, unos ojos llenos de astucia infantil y decorados con la misma nobleza que siempre veía en los ojos de su abuelito. Una explosión iluminó el cielo, y por un segundo, Alejandra vio las lágrimas secas en su rostro cubierto de ceniza.

—Imponen, ¿verda' que sí? —dijo el niño, señalando las luces rojas. Su voz era suave, pero parecía esconder sabiduría—. Mi agüelo dice que a donde vamo ya no nos podrán pillá.

Alejandra se arrodilló frente a él. Con el pañuelo morado, le limpió la cara, revelando piel bajo la suciedad. El niño le sonrió con una dulzura que la hizo sentir en casa.

Otra explosión. Esta vez más cerca.

El niño le agarró la mano con la que estaba sosteniendo el pañuelo. Su tacto se sentía tan real como el de cualquier otra persona a la que hubiera tocado.

—¡Vamono' ya! —gritó, con una voz que también se escuchaba real, arrastrándola hacia un grupo de sombras que avanzaban en la oscuridad.

Eran cientos. Mujeres con bebés en mantas raídas, apretados contra el pecho como si su amor pudiera blindarlos contra las balas. Hombres que cargaban a niños en hombros, con sus pequeños pies descalzos balanceándose al ritmo de la huida. Una anciana arrastraba una maleta de cartón atada con cuerdas, y cada vez que tropezaba, alguien le tendía una mano sin dejar de caminar.

Los heridos avanzaban en silencio, aguantando con los dientes apretados porque si paraban por tan sólo un instante, podía ser fatal. Un joven cojeaba, con la pierna vendada con tiras de una camisa. La tela estaba empapada de rojo oscuro. Una madre le cantaba a su hija, una niñita de no más de cinco años que se aferraba con todas sus fuerzas a la mano de su madre, pero la voz se le quebraba cada vez que una explosión iluminaba su rostro marcado por el humo.

Alejandra sintió el peso del pañuelo morado en su mano, aún aferrada a la del niño. Era del mismo color que las bolsas de tela que algunos llevaban al hombro, donde guardaban

fotos rotas, un puñado de almendras, o tierra española en calcetines agujereados.

El niño la jaló hacia un anciano tendido en una camilla improvisada, hecha con sólo dos palos y una manta llena de hoyos. Don Armando respiraba entre jadeos. Tenía los labios agrietados por la sed, pero al ver a Alejandra, esbozó una sonrisa que le partió el rostro en dos.

—¿Me trajite agüita, Miguelillo? —le susurró al niño, con una voz que era más un crujido que palabras.

Miguel le acercó el cántaro a los labios, con mucho cuidado, pero Alejandra lo detuvo. Recordaba que tenía su botella con agua en la mochila y no podía dejarlos beber aquella agua llena de tierra.

—Por favor, tómesela. Sé que no es mucha, pero está más limpia que la otra.

El anciano volvió a sonreírle, como agradecimiento. Alejandra se dio cuenta de que tenía una herida abierta en la pierna, que parecía estar tan sucia como el agua que Miguel había querido darle.

—Déme un segundo. Sé que tienen prisa, pero estudio enfermería en la universidad y me gustaría ayudarlos

—¿Universidadá? —repitió Don Armando, como si la palabra le quemara la lengua—. La última vez que vi una... estaba ardiendo. Pero tus manos son mozas aún... y las nuestras ya na' más sirven pa' cargá maletas.

—Nos vamos pa' Méjico —le dijo Miguel, con ojos llenos de alegría—. ¿Tú t'animas?

Dicen que allá hay escuelas sin bombas ni ná.

Alejandra se detuvo, insegura de lo que había escuchado. ¿Irse a México? No sabía de lo que estaba hablando.

—Ya nos tamos quedando rezagao', Miguel —le dijo Don Armando. Se movía con dificultad sobre el catre, como si quisiera pararse. Alejandra tuvo que ayudar a Miguel para hacer que su abuelo se calmara.

Alejandra guardó su pañuelo morado en el bolsillo y le dió su chamarra a Miguel, que estaba temblando por el frío.

—Vamono’ —le dijo Miguel, y esa palabra le supo a destino.

Caminaron toda la noche. Alejandra cargó a niños con fiebre, vendó tobillos hinchados, cantó canciones de cuna mexicanas que sorprendieron a los oyentes y les dieron esperanzas para seguir adelante. Más de uno se preguntó cómo era que una chica con ropa extraña y un acento que no les era familiar estaba ahí con ellos. Quizás había llegado desde México para ayudarlos a llegar, quizás era un fantasma creado por su cansancio y esperanza. Miguel no se separó de su lado, y cada vez que ella tropezaba, su manita callosa la sostenía como un ancla.

—¿Cuánto tiempo llevan caminando? —le preguntó Alejandra, mientras iban cuesta abajo por una colina. Uno de los niños había dicho que no faltaba mucho. El olor de arena y agua salada ya los había recibido. Miguel miró sus zapatos rotos, donde le asomaba un dedo como una raíz extendida.

—Desde que er tren dejó de tené camino y empezó a soñá —susurró, acomodándose con cuidado el catre donde estaba don Armando, que cargaba con ayuda de Alejandra—. Tú llegaste cuando er vagón soñó con nosotros’, ¿o seremos nosotros’ quien lo soñamos a él?

Alejandra miró al campo. Las flores —amapolas, girasoles, hierbas sin nombre— no crecían hacia el sol, sino que todas se inclinaban hacia el mar, como si el océano las llamara por un nombre secreto. Entonces lo entendió. Aquellas flores no estaban muriendo: estaban migrando.

—Es el mismo sueño —murmuró—. El tren, las flores, ustedes... todos van al mismo lugar.

Miguel asintió.

—Mi abuelo me hablaba de España —confesó Alejandra, con sus dedos temblando sobre el catre—. Decía que olía a pan recién hecho y a tierra mojada después del verano. También decía que le gustaba mirar a las jacarandas adornando el paisaje, del mismo morado que su pañuelo.

Miguel se quedó quieto, como si las palabras fueran un pájaro que tenía miedo de espantar, haciendo que Alejandra también se detuviera.

—¿Tu agüelo era de por aquí? —preguntó Miguel, con sus ojos brillando como dos carbones encendidos.

—Sí. De un pueblo cerca de Valencia. Se fue a México desde un barco llamado Sinaia.

El niño sonrió y de pronto pareció más viejo, como si cargara con todos los recuerdos que Alejandra sólo conocía por historias.

Al amanecer, llegaron al puerto.

El barco Sinaia esperaba, blanco y enorme, como un coloso dispuesto a protegerlos en su viaje hacia México. En la proa, alguien había pintado una bandera republicana, y el viento jugaba con sus colores, haciéndolos danzar sobre el agua.

—Ya es la hora —murmuró don Armando, abrazando a Miguel con lágrimas en los ojos.

Alejandra sintió un vacío en el pecho, mientras se preguntaba qué sería de ella ahora. ¿Se quedaría en una España que aún no era, o que ya no era, la suya?

Entonces lo oyó.

A lo lejos, entre los gritos de las gaviotas y las voces emocionadas de las personas, un silbido agudo. El tren. Su tren. Estaba allí, en un andén que no existía, con las puertas abiertas como brazos.

Se volvió hacia Miguel. El niño estaba quitándose la chamarra que Alejandra le había prestado pero ella lo detuvo. Sacó el pañuelo morado del bolsillo y, sin palabras, lo anudó suavemente alrededor de la muñeca de Miguel.

—Este pañuelo fue la fuerza de mi abuelito cuando dejó España. Que ahora sea tu abrazo de bienvenida a México —le dijo, y su voz sonó como el eco de todas las despedidas en la historia—. Aún así, no olvides tu patria. Cuando veas el pañuelo, recuerda las jacarandas. Recuerda de dónde llegaron hacia México y, cómo sus raíces las unen a las que están en España.

Miguel la abrazó. Olía a sal y manzanas verdes.

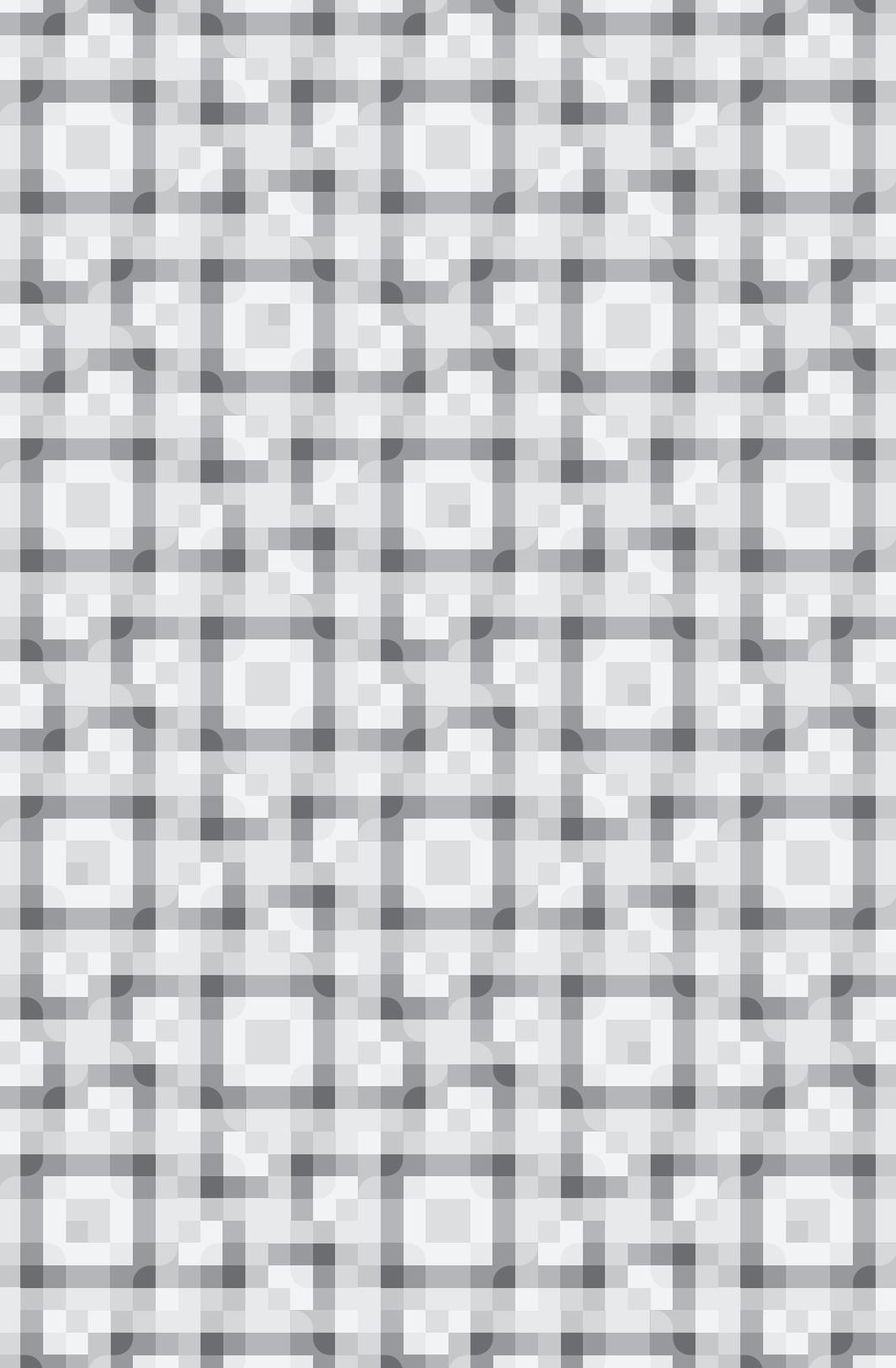
—Cuéntales que existimo' —le susurró.

Alejandra subió al tren, temerosa por lo que pasaría, pero con una sonrisa que se esbozaba hacia las personas que se despedían de ella desde la costa. Las puertas se cerraron con un suspiro nostálgico, y por la ventana, vio cómo el barco zarpaba, cargando con cientos de vidas hacia un futuro que ella ya había vivido.

El vagón crujió. Los asientos de madera y cuero se volvieron de plástico, el olor a carbón se esfumó, y el letrero sobre la puerta ahora decía “Balderas”. Alejandra abrazó su mochila, pensando en lo que acababa de vivir. Afuera, la Ciudad de México brillaba bajo el sol de la tarde, indiferente y hermosa.

Alejandra respiró hondo. En su cuello, donde antes estuvo el pañuelo, quedaba una leve quemadura, como si la tela morada le hubiera dejado una marca de despedida, que le recordó a su tiempo con Miguel y las personas que había ayudado en esa noche. Sintió las vibraciones en el suelo, mientras se alejaban por la ciudad, y abrazó el aroma metálico al que estaba acostumbrada.

El tren siempre vuelve a pasar, pero solo los que escuchan pueden subir.



Dibujos en una manta

Valeria Rodríguez Macías

Recordaba a su madre tomando la aguja y guiándola con amor sobre el lienzo de manta, mientras le cantaba a un amor que nunca regresó. Se escabullía entre las sillas de madera de ceiba hasta tocar su hombro y lanzarle unos ojitos suplicantes. Con un suspiro amoroso, la sentaba en su regazo, acomodando la aguja e hilo en sus diminutos dedos, y guiaba sus manos en un baile de puntadas. Ahora estaba en la misma silla, en la misma casa, pero sin el abrazo de su madre. Se pinchó el dedo y, con un arrebato caótico, deshizo el patrón. Se preguntaba si alguna vez sería digna de su legado. Lanzó la tela y tiró su cabello hasta casi arrancarlo. Sentía cada puntada monótona, al igual que los colores lúgubres en donde los bordaba, pero no sabía con qué otra cosa ganarse la vida. Se negaba a abrir las ventanas para no exponer su pesar. Se convenció de que su única compañera sería la soledad, hasta reunirse con su madre en el descanso eterno.

Caminó hasta llegar a un buró, donde descansaba una cruz, unas cuantas velas y el chal favorito de su madre. Algo en ella le decía que hasta el Santísimo la contemplaba harto de sus ruegos por un milagro: pisar la tierra española que cobraba vida en los relatos de su padre, o sentir por fin el calor de su madre. Se levantó, sintiendo el peso de su cuerpo y se

persignó. Pero, esta vez, al llevar su pulgar a sus labios, un cosquilleo recorrió su cuerpo.

Los chillidos de los loros y el canto de los jilgueros marcaban el inicio de la mañana, y pronto resonó el acostumbrado golpeteo en la puerta de madera. Como siempre, era el joven mandadero, enviado por su tía —la única compradora de la mujer—, quien hacía milagros para intercambiar las prendas por algunos bienes. El muchachito llevaba una canasta con el pago, y ella, desganada, le entregaba el costal que poseía lo poco que había terminado. Observó al muchachito alejarse hasta que se perdió entre la gente, cuyos ojos parecían reflejar la misma monotonía que sus propios días.

Suspiró, recordando cuando de niña solía decir que la gente en la Nueva España, incluso después de tantos años de conquista, no podía aprender a tejer la finura de aquellos encajes que lucían en Sevilla. Lamentaba haber nacido entre mestizos de manos toscas. De repente sintió como un tirón derribó su canasta. Su mirada bajó extrañada, hasta que vio la carne entre los dientes de un perro gris que huía a toda velocidad. Un grito de impotencia brotó de su pecho. Ambos zigzaguearon entre carretas cargadas de maíz camino al puerto y los pies de los mercaderes. Corrió hasta sentir el sudor nublar su vista, pero el perro siempre llevaba ventaja. Algunas miradas se posaron en ella: unas burlonas, otras con fastidio.

El perro giró de golpe hacia la selva que rodeaba el pueblo. Ella vaciló un instante, pero siguió. A cada paso, el mundo parecía difuminarse en un juego de luces y sombras. Finalmente, el perro aminoró el paso, y ella también titubeó en su carrera. Se dobló sobre sus rodillas, jadeante. Mas, antes de que pudiera recuperar el aliento, algo heló su respiración. Ante ella, una pequeña silueta emergió entre los árboles. Su piel morena contrastaba con la luz que filtraban las ramas; sus moños castaños apenas contenían su cabello sobre su cabeza; sus pies desnudos tocaban el suelo terroso, y solo una manta sucia y ajada cubría su cuerpo esquelético.

Pero con el detalle de que esas manchas formaban algún tipo de símbolo.

Con recelo, dio algunos pasos y se agachó hasta llegar a su altura. Le preguntó si se había perdido. La niña solo contestó en palabras incomprensibles a su oído. Volteó hacia ambos lados con la esperanza de que algún adulto apareciera y la reclamara, pero no pasó. Miró de vuelta a la niña. Sus manos huesudas gritaban su falta de alimento, y su aspecto delataba la falta de un cuidador. Desvió la mirada en busca de un consejo interno. Entonces, la pequeña tomó tímidamente la carne del can, que cedió sin objeción para después alejarse. La niña se acercó a la mujer, de pronto, hizo un sonido peculiar:

—¡Dzzzzz!

Alzó la mano lentamente, agitando los dedos en el aire. Luego sopló la comida y fingió morderla. La mujer sonrió ante sus intentos de comunicarse, pero logró descifrar el mensaje. La llevó hasta su casa. Le sirvió agua y unas cuantas tortillas para aliviar su hambre. Una vez lista la carne, la niña devoró el alimento con avidez. Tras comer, apoyó la cabeza en la mesa, parpadeando con pesadez. La tomó en sus brazos, ya exhaustos, y la acostó con delicadeza sobre su cama. Se quedó vigilando su sueño. Acarició su cabeza con un toque ligero, pensando en que no podía dejarla a su suerte.

Y así fue como su rutina se volvió más ajetreada. Durante la mañana, le servía un puñado de tamales de masa gruesa envueltos entre hojas de plátano, como enseñaban las mujeres del mercado. En más de una ocasión, la pequeña se rebelaba contra ella por la extraña ropa que la obligaba a vestir, o las veces que la hacía ver a un hombre crucificado.

Una de sus partes favoritas del día era cuando el sol coronaba el cielo. Ella llevaba a la niña al claro del bosque donde la había encontrado, y, en tanto la pequeña atrapaba insectos, recolectaba flores o reía al correr, ella miraba de lado a lado, esperando la llegada de cualquier persona, pero el encuentro nunca llegó. Por otro lado, la niña se acostumbró a su peculiar rutina: se levantaba expectante por la

merienda, aunque le intrigaba saber por qué la mujer apenas probaba un bocado, y cuando oía el crujir de la puerta de la entrada, corría con emoción para que la llevara a jugar entre un paraíso verde.

Pero no se comparaba con las ansias que aguantaba, esperando por el anochecer. La mujer sacaba su hilo y aguja, haciendo danzar sus dedos sobre la manta. Jamás había visto a nadie mover un objeto tan diminuto con tanta destreza. Se imaginaba a sí misma en su lugar, como una adulta dibujando sobre la tela. Sin embargo, no importaba si las manos de la mujer acababan de crear lo más hermoso que sus ojos infantiles habían visto, la mujer siempre lo lanzaba de golpe, con los ojos vidriosos y los dedos entumecidos, abandonado los retazos tirados en el suelo.

Fue una mañana cualquiera, cuando despertó por un olor empalagoso. Ahogó un grito al observar frutas deshechas en el suelo y los retazos empapados de su pulpa. La pequeña dormía plena ajena al desorden. Los regaños fueron más duros que cualquier golpe, pero la niña, entre lágrimas y palabras en su idioma natal, la desafió sin titubear. La mujer rogó por fuerzas y levantó una pieza de tela. La sensación viscosa la hizo estremecer. Sus párpados se abrieron temblorosos, pero algo más llamó su atención. Descubrió un patrón: eran flores. La mujer siguió examinándolo detenidamente. A pesar de que la pequeña carecía de técnica, podía sentir la emoción y frustración con la que había creado cada uno de sus manchones. Un sentimiento extrañamente familiar la invadió.

Esa misma noche, dejó un pedazo de tiza de un naranja vibrante sobre la mesa. Se recostó en la cama y simuló haber caído en un sueño profundo, hasta escuchar un arrastrar cauteloso. Abrió sus ojos con sigiló, y la vio. La pequeña empujaba una silla hacia la mesa, para después apoyarse y tomar la tiza. Luego, cogió un retazo de manta, y se sentó en el suelo para empezar su obra. Con la limitación de solo disponer un tono, se aseguró de que cada pétalo tuviera una figura única: algunas eran rombos; otros triángulos; otros

con una forma irregular. Se aseguró de adornar con diferentes patrones, hacía líneas de arriba hacia abajo, después hacia un lado para después bajar; luego un cuadro con líneas en el interior, y después repetía el proceso en cada tramo. Cada trazo era acompañado el tarareo de una melodía proveniente de su antiguo hogar. Y en ocasiones, sacaba la lengua y la mordía entre sus labios para mantener su concentración. La mujer la observaba cautivada. Entonces, cuando levantó el manto y sonrió con orgullo, sintió como algo pinchara su corazón. Alguna vez ella tuvo la misma sonrisa, y sin darse cuenta, la imitó.

Se dispuso a dejar con más frecuencia tizas y polvos de distintos colores sobre la mesa. La niña, encantada, los aplicaba en cada lienzo que decoraba. Se volvió una costumbre mañanera ver los retazos esparcidos, llenos de una creatividad cruda, y la pequeña entre ellos sumida en sueños con una sonrisa inocente. A veces, la encontraba pegando la orilla de una tela con otra, y luego rodearlas en su cuerpo y posar frente al espejo. Una mañana, mientras la mujer bordaba, la niña le colocó ante ella tela, hilo, aguja y uno de sus dibujos, y mimó el gesto de coser con movimientos fluidos. La mujer, pese a su conmoción, negó con la cabeza. Sabía que el Santísimo no mostraba compasión por quienes no cumplían con sus estándares. La pequeña, siempre se encontraba en una profunda desilusión cuando la mujer seguía obligándola a usar ropajes lóbregos y no los suyos, pero decidió que no sería así por mucho tiempo.

Una noche, la siesta de la mujer se vio interrumpida por unos llantos. Alarmada, se levantó y se dirigió al comedor. La pequeña sostenía una aguja en una mano y, en la otra, su dedo índice sangraba. La mujer disimuló una sonrisa compasiva. Empapó un paño con agua y limpió las escasas gotas de sangre alrededor de su dedo. Besó su dedo con ternura y acarició suavemente su piel morena mientras entonaba una vieja melodía. Cuando los sollozos cesaron, la sentó sobre su regazo y tomó sus manos. Con calma, comenzó a guiar sus movimientos por la tela, y sus ojitos se iluminaron como lu-

ciérnagas al ver cómo el hilo cobraba vida. Así comenzaron sus tardes juntas, y con el paso de los días, la mujer dejó de llevarla a las orillas del pueblo a jugar, pero a la niña no pareció importarle.

Un día, tomó un retazo como inspiración y comenzó a bordar motivos vegetales con hilos blancos, recordando aquellos encajes españoles que su madre atesoraba. Poco a poco, dio forma a cada flor que la niña recolectaba en sus recorridos por la selva, juntándolas con las mariposas y colibríes que tanto fascinaban a la niña. Decidió que la falda no sería redonda, sino se abriría como pétalos de una delicada orquídea. Tejió durante varias lunas llenas, que, en una madrugada, el vestido estaba terminado. Era hermoso, pero el blanco le parecía un toque demasiado pálido. Se le ocurrió imitar otras de las flores imperfectas, creando un chal con una tela clara, y un delantal con una tela oscura.

Como era de costumbre, el mandadero llegó a su puerta al día siguiente. Ella entregó sus prendas nuevamente, pero entre estas, estaba su nueva creación. Para su sorpresa, con el tiempo, algunas personas se acercaron a tocar su puerta con el deseo de vestirse con tan pulcra prenda.

Y los años siguieron, y nunca logró cruzar el mar. Y aunque aún soñaba con el reencuentro con su madre en el reino de los cielos, ya no tenía prisa, pues ahora guiaba otras manitas, siguiendo los dibujos de una manta.

El último conejo

Ariana Contreras Padilla

Cada tarde, don Ernesto se sentaba en el jardín de su casa en Coyoacán. El sol bajaba lento sobre las bugambilias, tiñendo de ámbar las paredes. El aire olía a tierra caliente y traía de lejos el lamento de un organillero. A esa hora, todo se volvía quietud. Era el momento en que aparecía el conejo.

Pequeño, de pelaje cenizo y orejas atentas, brincaba entre las macetas con la ligereza de quien conoce el terreno. Al principio, don Ernesto lo había tomado por un visitante ocasional, pero con los días entendió que su presencia era más que una coincidencia.

—¿Sabes que España significa “tierra de conejos”? —le decía a su nieta Marisa cuando ella se sentaba con él en las tardes.

—Eso no puede ser cierto, abuelo —respondía ella, enredando los dedos en el rebozo de su abuela.

—Los fenicios la llamaron I-Shaphan-im porque vieron conejos y pensaron que eran damanes, unos animales raros de África. Luego los romanos dijeron Hispania.

—¿Y México?

—Aquí, los mexicas veían conejos en la luna —dijo él, señalando el cielo, aunque aún no oscurecía—. Mēxihco, la tierra del ombligo de la luna.

Marisa fruncía el ceño. Le gustaban las historias de su abuelo, aunque a veces pensaba que se las inventaba.

Pero don Ernesto sabía que los nombres guardan secretos, igual que los recuerdos. A sus ochenta y dos años, los suyos eran pesados. Había llegado a México con veinte años, en un barco lleno de paisanos que huían de la guerra y del hambre. Atrás quedaron Castilla, los campos secos, el eco de los grillos entre los olivos y la voz de su madre llamándolo desde la puerta de su casa de piedra.

Nunca volvió.

Con los años, su acento se desdibujó, su piel se tostó bajo otro sol, su vida se llenó de palabras en náhuatl y del olor a maíz recién hecho. México lo abrazó sin preguntas. Le enseñó a celebrar la vida con mariachis y a honrar la muerte con velas y papel picado. Nunca se sintió extranjero en él.

No era su primera tierra, pero sí su hogar.

Y sin embargo, en algunas noches de insomnio, Castilla volvía. Volvía en los sueños, en la memoria que no se borra. Volvía en el canto de un río que ya no cruzaba, en el crujir de un pan que no horneaba. España era un país lejano que seguía latiendo en su pecho, aunque su corazón hacía mucho que latía en otro suelo.

El conejo lo visitaba cada tarde. Quieto, la nariz vibrante, los ojos oscuros como pozos. Lo miraba como si lo conociera de antes.

—Eres de dos tierras, igual que yo —le murmuró un día. El animal pareció entenderlo.

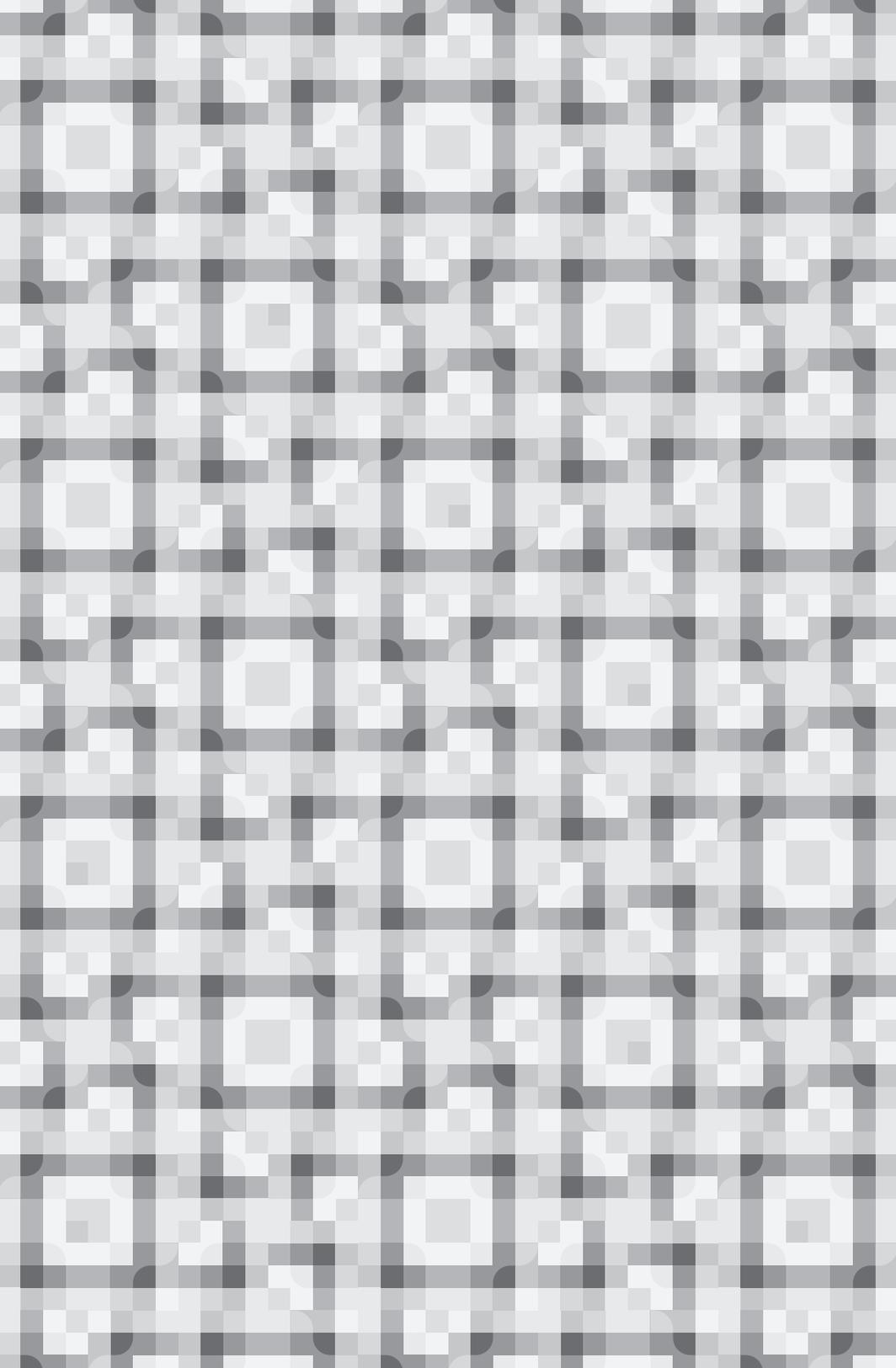
Aquella tarde, el cansancio de don Ernesto fue distinto. No era solo de los huesos, sino de más lejos. Cerró los ojos y en su mente los dos países se fundieron: los campos secos de Castilla se hicieron nopaleras, los caminos de tierra se volvieron calles empedradas. El olor del pan y del aceite de oliva se mezcló con el del nixtamal. Y entre todo eso, el conejo.

Un mismo animal en dos tierras, sin saber a cuál pertenecía.

Cuando Marisa salió a buscar a su abuelo, lo encontró dormido en su silla de siempre. El conejo ya no estaba.

Al día siguiente, lo vio de nuevo. No en el jardín, sino en la libreta de su abuelo, en una hoja amarillenta donde había garabateado con letra temblorosa:

“Todos volvemos a casa, aunque sea en sueños”.



Alegoría de una excursión

Carolina Ortiz Rendón

Existe un fenómeno extraño, especulativo pero registrado, que se presenta al caminar por un museo. El espacio es amplio, la información vasta y el silencio oprimiente. Ante lo sobrecogedor de grandes salones, galerías y suelos lustrados se sobrepone el interés del visitante que con tenacidad se propone atravesar exposiciones, siempre dispuesto a encontrar un mensaje profundo y bello que al arte responda.

Mantener el esfuerzo de apreciar y comprender obras para desentrañar la intención del artista en ellas es un ejercicio a contrarreloj, que con suerte puede extenderse sobre una hora hasta que pinturas en un inicio admiradas terminen por reducirse a objetos escaneados con vaga resignación. Es a lo que se nombra fatiga de museo, y es en lo que pensaba tras recorrer pisos y salones en su museo preferido que esa tarde visitaba.

Hasta conocer el término siempre había asumido que el cansancio era resultado patente de las largas caminatas que le tomaban llegar al museo, del que le distanciaban múltiples rutas en el transporte público, transbordos y paseos sigilosos por las calles del centro de la ciudad. Sin duda contribuían al peso que ahora llenaba sus zapatos al subir las escalinatas espirales de una sala a otra.

No es de extrañar entonces que ese día la fatiga le alcanzase con poderoso ímpetu, dado el extraño viaje que por un par de horas había transitado. Recorrió, aún con impacto por las eventualidades del día, la acostumbrada ronda por las salas permanentes del museo antes de dirigirse a la exposición que despertase su interés en un inicio. Los impactantes murales y arquitectura del edificio colonial que usualmente estimulaban su sensibilidad, ahora se mezclaban confusos con las gallinas y armónicas que le acompañaron gran parte del trayecto.

Una última vuelta a la escalera dejó a la vista la novedad que iba buscando, asomándose expansiones de la obra de Remedios Varo acompañadas por pretenciosas citas en grandes letras y acertados análisis en diminutos vinilos. En un día como este, todo parecía depositarle intencionadamente en contexto del surrealismo.

Su obra le llamaba por declararse opuesta a las reglas, maneras y modales sociales, llena de figuras bidimensionales y objetos fantásticos, conviviendo entre personajes que parecían inmutables por la posibilidad de salir volando. Pasando de aves brillantes a criaturas quiméricas, resultaba inevitable buscar nahuales y alebrijes que, pese a poder ser descritos igualmente como mágicos e irreales, parecían habitar ensoñaciones distintas entre la mente de la artista española en los años cincuenta y el imaginativo de los mexicanos que ese día llenaban la sala de exposiciones.

Meditando frente a su obra, rememoraba sus propias vivencias surreales. En realidad, no necesitaba llegar hasta el museo para impresionarse por escenas improbables, si con el trayecto había sido suficiente. Horas atrás salía con decisión desde su casa sin saber aún los desfiles y caminantes que bloquearían su ruta usual. Hojas de palma, flores y danzantes a medio desvestir llenaban las calles alrededor de su casa y le obligaron a buscar la parada de autobús en dirección opuesta. Resultó excepcional aquel pequeño cambio, pues desconocía las consecuencias que la ruta alternativa tendría en su día.

La falta de coches debió alertarle de la festividad cuando acababa de entrar a las calles empedradas que rodean al ayuntamiento, mas siguió adelante por la costumbre de ver las calles bloqueadas en fechas de tianguis, saturadas cada par de días con puestos de venta y el tránsito de vendedores, visitantes y turistas. Ya estaba considerando lo oportuno de desviarse por algún fermento refrescante contra el calor de media mañana, cuando le abordó el intenso aroma de flores frescas al sol y, más que escucharlas, sintió vibrar a su alrededor tambores y percusiones.

No cayó en cuenta del desfile hasta que estuvo encima suyo, pues el paso veloz y descalzo de un niño cubierto de flores le arrolló persiguiendo a un cachorro también adornado de cuentas y nueces sonoras a cada salto que daba. Por fin, alerta y sacudiéndose tras el impacto, buscó en rededor con esperanza de encontrar los paraderos de autobuses libres y despejados. Cada asiento y techo disponible, por supuesto, estaba ocupado por danzantes atando ramos, collares y penachos de palma, cargando sonajas y bloqueando el paso de cualquier automóvil.

Si bien solía tomar la ruta que atraviesa la metrópolis por sus vías más civilizadas, sabía que una ruta alterna la rodeaba en dirección contraria y podía llevarle, con un poco más de tiempo, hasta el museo. Caminó así en sentido opuesto, alejándose de la música de percusiones y pintorescas calles que cada vez se llenaban más de personas y mascotas acarreado montañas imposibles de flores y hojas brillando coloridas bajo el sol de ese verano.

Sus pies pasaron del empedrado al asfalto y, por falta de banquetas, del asfalto a pastizales apisonados por previos transeúntes, hasta que llegaron a caminos enterrados donde tan solo el paso de otras personas y camiones por la carretera indicaban que siguiendo tal vía pudiera subirse a la ruta correcta. Nada más que su motivación por admirar la exposición pasajera de la artista española le habrían permitido mantener el paso tenaz que le llevó hasta la señal de tránsito que fungía como paradero entre aquella desolación.

La vivencia del surrealismo por los artistas españoles del siglo pasado era algo que con frecuencia le intrigaba, pues en apariencia no soportaban la cotidianidad civilizada de las Europas, al punto de sentirse obligados a organizar reuniones y festejos estrafalarios que llamaron exponentes del surrealismo exacerbado hasta un estilo de vida que terminaría por quedar plasmado en sus pinturas y escrituras.

Qué consideraban ellos como surrealista era lo que ahora pretendía averiguar.

Tuvo amplio tiempo para pensar en ello esperando el autobús correcto, interrumpidas sus ideas de vez en cuando por el paso de los vehículos que levantaban polvo a escasos metros suyos y del resto de anhelantes pasajeros. Coches, colectivos y camionetas aparecían entre el terreguero, súbitamente rebasados por temerarias y ruidosas motonetas, no tan estables para llamarles motos, capaces de cargar montañas de frutas en costales o hasta seis pasajeros sostenidos entre sí por la mera voluntad de trasladarse rápidamente en aquella gran ciudad.

Precedidos por la fuerte vibración que ocasionaban a su paso, se quedaban atrás tractores de construcciones cercanas acarreado grandes piedras rojas, verdes y amarillas, exóticas esculturas de vírgenes, fuentes detalladas con cristales de mil colores y guerreros de hierro forjado, todos arrastrados desde aquellas lejanías para ser presumidos en lujosos restaurantes donde los comensales nunca los observarían como arte. Vio asimismo competir contra automóviles y tráileres a carretas que, movilizadas por caballos, eran capaces de transitar por el pavimento con su estructura de tablas adaptada sobre llantas de caucho para sortear aquellos parajes que sorteados de baches conectaban poblados y urbanidad.

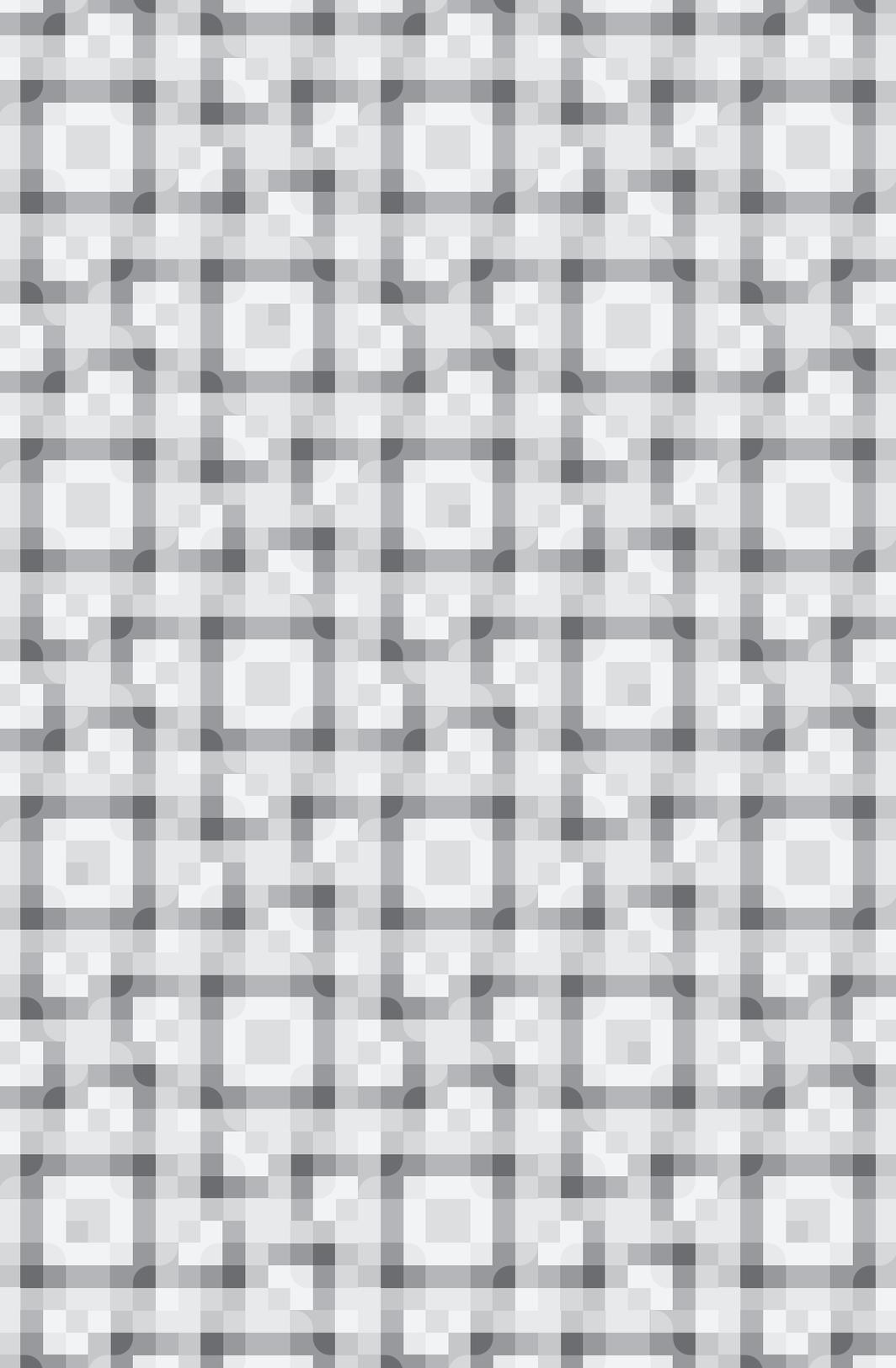
La espera fue larga y seca, mas una vez se encontró dentro del autobús correcto no quedaba más que esperar el resto del trayecto hasta el centro de la zona metropolitana. La gente subía y bajaba, el polvo y calor acumulándose conforme se llenaban los asientos, y pudo observar lo que cada quién de-

cidía subir y bajar de un lado a otro de la ciudad. Payasos con pintura embarrada sobre la piel por el sudor incomodaban a los pasajeros con bromas desatinadas a cambio de algún alimento o moneda, predicadores se atrevían a modificar la fe de quienes osaran hacer contacto visual, e incluso hubo quien tocara la armónica para todo el autobús, sorprendiendo a su público por darles velozmente la espalda y bajarse sin esperar que le ofrecieran nada a cambio.

Se preguntaba si las personas delante suyo, que equilibraban jaulas con gallinas y brillantes gallos de pelea sobre sus piernas, se sorprenderían igual que el conductor cuando un señor y un niño quemados por el sol pidieron subir junto con ellos un cabrito, atado con un lazo como si fuese un cachorro cualquiera. Dudaba que Remedios Varo pudiera expresar la confusión e indiferencia que uno experimentaba al ser un pasajero más a bordo del transporte público, tan solo con el interés de llegar a su destino.

Pasó discretamente esquivando al resto de viajeros para bajar por la parte trasera del autobús cuando un par de calles distanciaban su bajada del museo, y por fin oliendo a granja, flores, sudor y tierra, pudo encaminarse a la sombra de los grandes edificios de piedra hacia la exposición que le motivaba ese día. Cuando terminó de recorrer la galería y se sentó con escasa impresión a descansar tomando un café entre el resto de visitantes del museo.

“Por supuesto”, pensó cuando terminó de recorrer la galería y se sentó a tomar un café entre el resto de visitantes del museo, “no hace falta pintar al surrealismo si cada día se vive entre lo irracional”.



Entre dos orillas: el hilo perdido

Ángela Palacios González

En una tarde cualquiera, en la antigua casona de Guanajuato, Isabel recorría los recónditos pasillos de la casa familiar, donde los recortes del tiempo se mezclaban con el polvo danzante a la luz dorada del crepúsculo. Mientras movía viejos baúles y revisaba documentos olvidados, en un rincón del desván descubrió una caja de madera oculta tras un alijo de reliquias. Al abrirla, encontró varias cartas de su bisabuelo Antonio dirigidas a una enigmática mujer llamada Lucía. Pero, entre aquellas misivas, sobresalía una carta.

La tinta desvanecida aún guardaba firme la caligrafía de su bisabuelo, un hombre al que apenas conoció. Isabel tenía apenas cinco años cuando él falleció, y sus recuerdos eran vagos y borrosos, casi mitológicos. Siempre se mencionaba su nombre en la familia, pero con un tono distante, como si hablar de él fuera casi un acto de respeto o reverencia, pero a la vez una evasión. A lo largo de su infancia, había escuchado a su madre susurrar sobre Antonio Rivas, aquel hombre taciturno de mirada ausente, como si viviera a medio camino entre dos mundos.

“Isabel, si alguna vez lees esto, es porque el destino ha querido que encuentres lo que me fue negado. Cruza el mar y vuelve a casa”.

Aquellas palabras, escritas por alguien que Isabel apenas conocía, la sumieron en un mar de dudas. Su corazón latía más rápido, su mente daba vueltas a pensamientos que no había deseado explorar. Antonio había huido de España en 1939, cuando la Guerra Civil lo dejó sin tierra, sin patria y sin futuro. Había llegado a México con lo poco que cabía en sus bolsillos y una caja de hilos de seda que, según contaban las historias familiares, había sido su única posesión invaluable. Con esos hilos, Antonio comenzó a tejer una nueva vida en Guanajuato, convirtiéndose en un sastre respetado.

Había algo más, algo nunca mencionado. Entre los papeles polvorientos de Antonio, Isabel encontró un pasaporte español, viejo y arrugado.

El peso de la historia se asentó sobre sus hombros con tal intensidad que Isabel, quien siempre había considerado que el presente era lo único que realmente importaba, se sintió atrapada en una espiral de preguntas. ¿Qué había dejado atrás Antonio? ¿Por qué, habiendo huido, jamás reclamó su herencia ni regresó a la tierra que lo vio nacer? La carta entre sus manos no era solo un recordatorio del pasado, sino una llamada que no podía ignorar.

La casa en ruinas

El viaje la llevó a Asturias, donde la brisa helada del Cantábrico y su aroma salino parecían arrastrar consigo ecos de viejas tragedias, acariciando su rostro con la misma intensidad con la que el mar había tocado las pieles de generaciones enteras. Esa sensación de estar en otro tiempo la envolvía como una niebla densa que no solo la rodeaba físicamente, sino que se colaba en su mente, llenándola de recuerdos ajenos. El mar golpeaba las rocas con una fuerza casi violenta, como si también buscara algo perdido entre las olas.

Frente a ella se erguía la casona de los Rivas, ahora en ruinas. Las paredes, cubiertas de musgo, susurraban historias de grandeza y decadencia, de risas y llantos que habían quedado atrapados en el eco de los siglos.

—Esa casa lleva cerrada más de cuarenta años —le dijo una mujer mayor, envuelta en un abrigo grueso que no pare-

cía hacerle justicia al viento helado—. Era de los Rivas, pero el último de ellos jamás regresó.

Isabel sintió un nudo en la garganta. Aquellas palabras, tan simples, le fueron como un golpe directo al alma. Su bisabuelo había vivido allí, había crecido en ese lugar y, sin embargo, nunca regresó. Se sintió pequeña, como si fuera una extraña en la historia de su propia familia. Pero mientras más descubría, más entendía que su existencia misma era el último hilo que unía aquellos recuerdos dispersos. Su corazón latía más rápido, impulsado por una mezcla de tristeza, frustración y una curiosidad que la empujaba hacia adelante.

Buscó en los registros municipales y, tras varias horas de espera entre documentos polvorientos y sellos desvanecidos por el paso de los años, encontró lo que temía: Antonio había sido considerado un traidor por no regresar a su país, por no luchar por la causa que había dejado atrás. La guerra no solo lo había desterrado físicamente; lo había marcado de manera irreversible.

De regreso en la casona, Isabel recorrió las habitaciones vacías. En el ático, entre viejos baúles y cajas de recuerdos, encontró lo que buscaba: un viejo baúl cubierto de polvo y telarañas que resistió ser abierto. Dentro, unas cartas hablaban de una historia de amor y desarraigo. Antonio había escrito a Lucía, una joven costurera de su tierra natal.

“Prometí regresar. Pero la guerra me hizo un traidor de mi propia sangre. México me dio un hogar, pero mi corazón sigue en este mar”.

Las palabras escritas por Antonio parecían cobrar vida en su mente. En ellas, Antonio describía su vida en México, pero también su soledad, su dolor por no haber podido regresar. Las cartas hablaban de noches junto al puerto, de promesas murmuradas entre telas, de un adiós apresurado cuando los franquistas tomaron el pueblo.

Isabel cerró los ojos, presa de la emoción. Nunca en su familia se mencionó a Lucía, nunca se habló de esa mujer que había sido tan importante para Antonio. ¿Quién había

sido ella? ¿Qué había sido de su vida? La historia de su bisabuelo comenzó a tomar forma. Cada carta, cada palabra escrita por Antonio, parecía llenar los vacíos que ella misma había arrastrado a lo largo de su vida.

Al fondo del baúl divisó una carta con caligrafía diferente a la de su bisabuelo, con singular ausencia de respuesta. Era una última carta escrita, pero no por Antonio: se trataba de un manuscrito nunca enviado, escrito por Lucía. En esa carta, la voz de Lucía se derramaba en confesiones profundas:

“Antonio, mi corazón te esperó día tras día, pero el miedo a las represalias y la sombra de la guerra me paralizaron. No envié mi respuesta, no por falta de amor, sino por el temor de perderlo todo”.

Con esas cartas enviadas y las que encontró en la casona en Guanajuato, Isabel logró conectar todo, especialmente con esa carta que Antonio había enviado, pero que nunca obtuvo respuesta. No porque Lucía no quisiera responder, sino porque nunca pudo enviarla. Quizás la vida la frenó, quizás la enfermedad llegó primero. Isabel sostuvo la carta, sintiendo el peso de un perdón que Antonio nunca supo que había sido concedido.

Isabel sintió el peso de las palabras no dichas, de los silencios que marcaron un destino. Se sumió en sus pensamientos, casi sin darse cuenta del paso del tiempo. Al bajar del ático, una voz conocida la hizo salir de su ensimismamiento. Alzó la mirada hacia la puerta: era la misma mujer del abrigo grueso, aquella que le había hablado de la casona al llegar a España. Estaba en el umbral de la puerta, mirándola con una expresión de melancolía.

—Lucía nunca se casó —le dijo, como si las palabras se le escaparan de los labios con el peso de los años—. Pasó toda su vida cosiendo en la tienda de su padre, esperando cartas, cartas que llegaron y otras que nunca llegaron.

Un escalofrío recorrió a Isabel. ¿Era posible que el amor de su bisabuelo hubiera esperado toda su vida? ¿Era posible que Lucía, tan cercana a él, hubiera mantenido viva la esperanza durante todos esos años, sin saber que su amado

nunca regresaría? La respuesta la dejó sin aliento. Esa carta, jamás enviada, era la prueba de que el amor entre ellos nunca se apagó, aunque quedó atrapado en el tiempo. Isabel sintió que sostenía en sus manos no solo una carta, sino el eco de un destino truncado, de una historia que pudo haber sido diferente.

Los hilos del recuerdo.

Antes de regresar a México, Isabel visitó la pequeña sastretería donde Lucía había trabajado. Ahora era una tienda de *souvenirs*, llena de recuerdos de turistas y artefactos sin valor sentimental, pero en una de las paredes colgaba una fotografía enmarcada. Era una mujer de ojos serenos, con el cabello recogido en un sencillo moño y las manos delicadas que sujetaban una aguja con gracia. La imagen, aunque envejecida, tenía una cualidad inconfundible: un aire de dignidad, de serenidad, como si la misma Lucía estuviera mirando a Isabel desde el pasado.

Al pie de la imagen, una inscripción decía: “Lucía Fernández, maestra costurera. En cada puntada, un suspiro”. Isabel sintió que el aire se volvía denso a su alrededor. El amor entre Antonio y Lucía nunca se concretó, pero su historia seguía viva, anclada en cada detalle, en cada hilo que tejió Lucía a lo largo de su vida. El amor no se deshace con el tiempo ni con la distancia. Se guarda en el corazón, se transmite en los gestos más simples, en las acciones cotidianas.

Isabel sacó de su bolso la caja de hilos de seda que Antonio había llevado a México, esos mismos hilos que habían sido testigos de su vida en Guanajuato. Se preguntó cuántas veces habría sostenido esos hilos pensando en Lucía. ¿Cuántas veces habría bordado sus propios recuerdos en esas fibras, sin saber que ella también formaba parte de una historia que había cruzado continentes, que había sobrevivido a la guerra y a la distancia? La respuesta no estaba en el mar, ni en la guerra, ni en las fronteras. La respuesta estaba en los hilos, en las palabras no dichas, en las cartas no enviadas, en las promesas no cumplidas.

Isabel respiró hondo, sintiendo que, de alguna manera, el viaje no había sido en vano. Había encontrado algo más que las respuestas a sus preguntas. Había encontrado la memoria de su bisabuelo, la memoria de un amor que había sido separado por la guerra y el destino, pero que nunca había sido olvidado.

Cuando regresó a México, restauró la vieja sastrería de su familia. Decidió rendir homenaje a Antonio y Lucía. En el escaparate, bordó un mensaje con los hilos de su bisabuelo, un mensaje que, de alguna manera, cerraba el ciclo de esa historia tan profundamente entrelazada entre dos orillas, entre dos mundos, entre dos corazones: “Ni el tiempo ni el mar deshacen los lazos del alma”.

El amor de Antonio y Lucía, aunque truncado por circunstancias y mudo en su respuesta final, encontró en aquella frase su redención. Antonio murió con la incertidumbre de un reencuentro perdido, y Lucía quedó inmortalizada en la memoria a través de sus silencios y su carta nunca enviada. Pero ahora, a través de Isabel, esa historia resurgía, conectando pasado y presente, y tejiendo de nuevo los hilos de un amor que, pese a la distancia y el tiempo, nunca se olvidó.

Dos tierras

Arlette Armenta Lira

Arrancada

Siempre me estremezco de la misma manera cuando veo a un árbol arrancado de su tierra. Ver su corteza desgarrada, sus raíces expuestas, doloridas, que pareciera buscan desesperadamente su hogar perdido, me hacen pensar que esa soy yo: arrancada del suelo de España y traída por la marea a una tierra extraña. “Exiliada” es como me llaman.

Ya han pasado tantos años, pero nunca olvidaré el día en que mi madre me llevó a la estación del tren, que me dijo que tenía que irme. Sólo tenía nueve años, por lo que no alcanzaba a comprender del todo qué estaba pasando, pero sí sabía que ya no era seguro estar allí.

Mi hogar se había tornado gris, ya no me dejaban salir de casa sin ir acompañada, veía los rostros preocupados de los adultos y oía los susurros de palabras como “republicanos”, “nacionalistas”, “Franco”, “guerra”.

Cuando el tren partió, mi casa, mis juguetes, mis amigos, mi familia, todo quedó atrás. Solo pude llevarme una pequeña bolsa con algunas cosas, entre ellas aquella semilla de olivo que alguna vez tomé del viejo árbol cerca de mi casa, la cual había guardado en el relicario con las fotos de mis padres.

Luego de Francia, a mí y a otros niños nos subieron a un barco. Todos huíamos, perdidos, como las semillas de un árbol que al caer río son arrastradas a tierras desconocidas.

“Nos llevan a *Méshico*” escuché decir a uno de los niños.

Después de días, que se me hicieron eternos en la mar, había comenzado a sentirme como una tripulante de Colón que se encaminaba al Nuevo Mundo. Cuando el barco finalmente tocó el suelo mexicano, sentí algo de alivio porque ya no estaba en el limbo de la nada, al menos bajo mis pies volvía a haber tierra firme, aunque el miedo seguía ahí, puesto que no sabía qué sería de mí a partir de ese momento.

Nos dieron la bienvenida, no pude entender del todo lo que decían, pero vi amabilidad en sus ojos.

Echar raíces

Me pregunto si una semilla o un árbol trasplantado dudará si debería o no echar raíces en la tierra en la que se le plantó. Supongo que sí, eso explicaría por qué no todas las semillas germinan o porqué algunos árboles mueren cuando se les cambia de tierra.

Me relocalizaron en un centro de acogida en Aguascalientes, el nombre del estado me pareció chulo. A-guas-ca-lien-tes. Al menos comenzaba con la letra A, como Andalucía.

Allí decidí plantar mi semilla de olivo, el pedacito de mi hogar que había traído conmigo, y me dije a mí misma que si comenzaba a crecer sería una señal de que yo debía hacer lo mismo, de que la tierra era buena y que yo sería capaz de echar raíces.

Tardó tiempo, pero con el cuidado adecuado, como el que me estaba brindando México, un delgado tallo comenzó a salir de entre la tristeza y los recuerdos.

Con el paso de los meses y los años, crecimos. El pequeño árbol empezó a sacar hojas y mi acento cambiaba sutilmente. Para otoño sus hojas cayeron, al mismo tiempo que

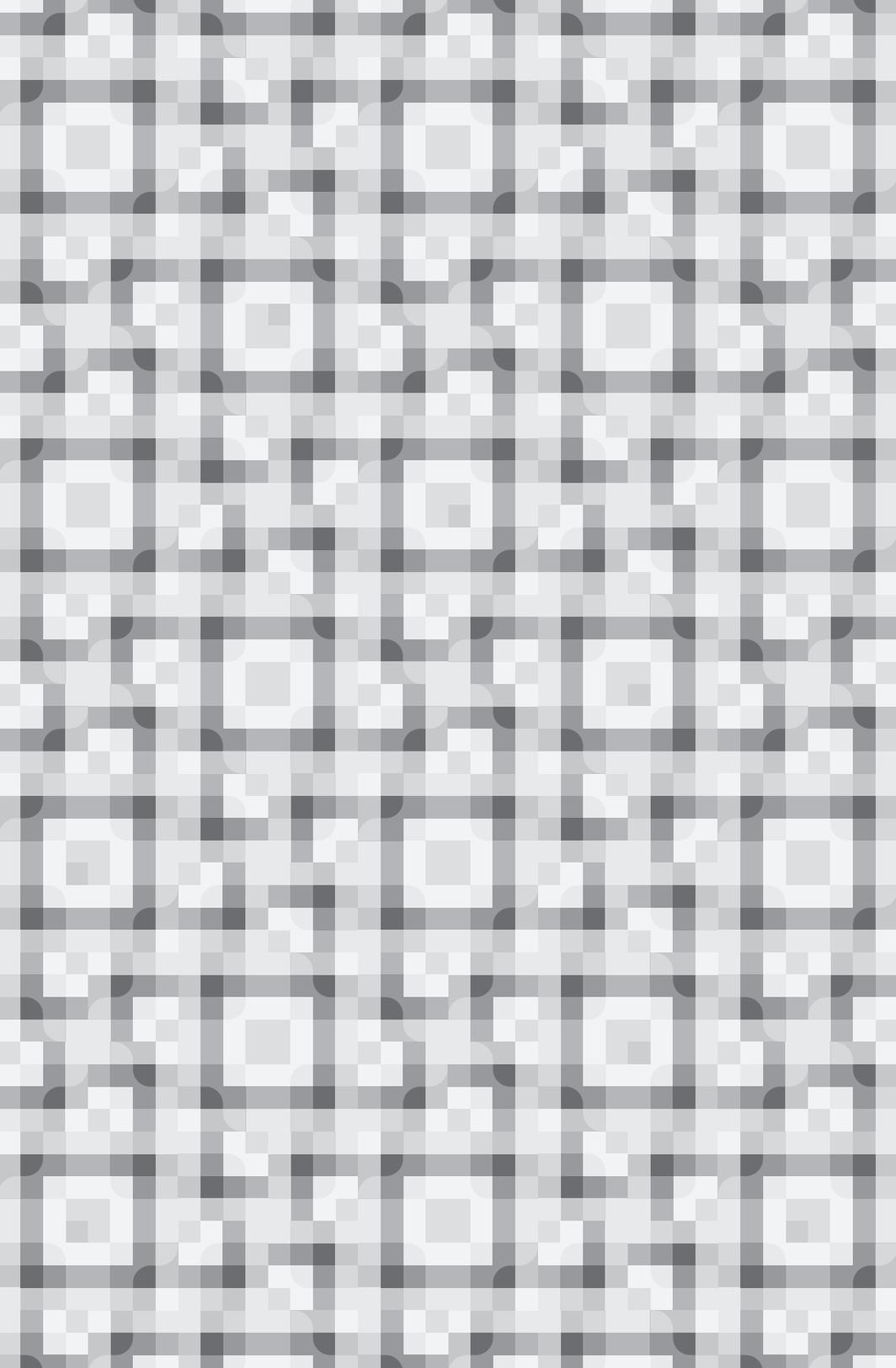
perdía mis últimos dientes de leche. Floreció cuando llegó mi primer período, y las abejas lo buscaban cuando tuve a mi primer novio.

Noté que los frutos de mi olivo eran distintos, algo más pequeños y más dulces. Mi árbol, igual que yo, no era mexicano, pero ya tampoco era del todo español. Sus hojas eran un poco más verdes que las de aquellos que crecían en España, tal vez el verde de la bandera mexicana las había teñido demás. Me habían dicho que ese color en la bandera significaba esperanza, así que, al ver a mi árbol vistiendo ese tono, pensé que no debía perderla.

Mientras tanto hallé consuelo en las letras. Empecé a transformar mis pensamientos, mi dolor de la separación y el deseo del reencuentro, en palabras sobre trozos de papel, como una forma de dar sentido a lo que sentía. Pronto esas oraciones se convertirían en poemas y esa poesía en mi puente entre mi pasado y mi presente, entre España y México.

Pasaron años en los que yo y mi pequeño árbol de olivo nos adaptamos y maduramos. Él se volvió más alto que yo, capaz de abrazarme con su sombra, y entonces el suelo de México, de Aguascalientes, se volvió nuestra casa, *nuestra tierra*. Nos naturalizamos mexicanos, aun cuando los recuerdos de nuestra otra tierra no se desvanecen y yo conservo la esperanza de volver algún día. Pero me consuela la idea de que aun si yo no vuelvo a pisar mi España, mis palabras lo harán, así como las hojas y las semillas de los árboles vuelan a otros lugares.

Así que, ahora, cada vez que veo un árbol arrancado, sobre todo cuando es pequeño, me tranquiliza pensar que eso no siempre significa que vaya a morir: puede volver a echar raíces.



Palabras de amor a Marieta

Amaya Quinn Carranza Abarca

Y regreso otra vez al paisaje rojo y enfermizo, al olor intenso de la sal y al silencio del barco, que aquel junio se quedó huérfano, igual que su tripulación. Sin embargo, en ese panorama naturalmente infantil, solo yo tenía constancia de la situación, aunque no por voluntad propia. Admito que, en el fondo de mi alma aún intacta, hubiera preferido crearme el cuento de las vacaciones y la novedad del nuevo país, pero el temperamento frío de mi padre y la tristeza sincera de mi madre se habían apoderado desde hace varios meses de mis pensamientos y de mi niñez.

No fue sino hasta que las anclas comenzaron a descender de nuevo y unas miradas alegres, pero juiciosas, se posaron en el cargamento y comprendí plenamente que había llegado a lo que nombraban como el puerto de Veracruz. Tal vez la bulla de la multitud en tierra habría cesado mi desdicha, si no fuera porque contrariamente a las apariencias, yo ya me encontraba solo desde que salí de Barcelona.

No sé por qué, pero por un momento llegué a creer que sí, que vendrían tiempos mejores, que la situación sería por completo diferente en este desconocido país y que pronto volvería igual que como vine. Pero no tomaba en cuenta que, por más que se cambie de rumbo, siempre habrá actitudes tan parecidas en los alrededores y que las esperanzas estaban sujetas a decisiones adultas. Caí en cuenta de eso

cuando después de tanto viaje vislumbré lo que sería mi nuevo hogar, un edificio que en su fachada presumía con letras grandes el nombre de “Escuela Industrial España-México”. Dentro desempaqué mi maleta sobre lo que sería la cama que me habían asignado: una cama firme pero fría.

Lo que más odié fue la integración a mi rutina de las marchas y las duchas apenas cantaba el gallo. No obstante, sustituía ese recuerdo traumático cada tarde con lo que sucedía a la hora del receso. Eso siempre resultaba muy variado: desde tortillas que servían como platillos voladores hasta judías negras, a las que me terminé por acostumbrar. Mi parte favorita en esta nueva vida eran los fines de semana, especialmente desde que la conocí: flaca y morena, de pelo largo azabache, de mirada risueña, pero pícara, y con las manos más ágiles que alguna vez pude haber visto.

Lo recuerdo bien, yo salía del internado con mis centavos en mano, dispuesto a gastarlo todo en algo más que tortillas y frijoles. Pero algo me detuvo al dirigirme a la tienda de don Paco: tu mirada, cabizbaja entonces, concentrada en la vasija que tenías en mano, mientras que, a quien después identifiqué como tu madre, ofertaba a los transeúntes coloridos jarrones y piñas de barro vidriado. Y así, sin tener conciencia alguna de mis movimientos, tomé la vasija más pequeña y me deshice, sin pestañear, de mis ahorros de la semana.

No contento con tal imprudencia, volvió a suceder la semana siguiente. ¿Para qué habré querido yo tantas vasijas? Creo que no logré darme cuenta hasta que, un domingo cualquiera, tú por fin alzaste la mirada y te dirigiste a mí como a un viejo amigo, preguntándome si quería acompañarte al parque, que tu madre nos daba permiso. Yo sólo me sonrojé y asentí. Quién diría que tu valentía lograría convertirse en algo tan trascendente para nuestras vidas.

Desde entonces, todos los domingos corría a tu consuelo, a tus ojos atentos y a tus palabras sabias. Pero después ambos nos dimos cuenta de la necesidad de nuestra compañía, y comenzaste a escaparte al parque conmigo todas las tardes, de lunes a domingo. Yo dirigía nuestras pláticas ha-

cia las quejas del internado, a lo mucho que extrañaba a mis padres y a la España sangrienta que los acogía, y tú te contentabas con animarme, con recordarme que México podría ser ahora mi hogar. No entiendo cómo lograste sanar mis heridas, tanto las infligidas por aquellos que se creían superiores con los años como las que yo mismo me creaba al no comprender lo escaso y censurado de mi correo.

Al pasar los años, yo ya te pertenecía más que a mis recuerdos. Me habías transformado: con huaraches de cuero y un acento que ya no se parecía al de un extranjero. Ya no hablábamos del internado; ahora yo te escuchaba sobre tus sueños y el futuro, un futuro que, por esos breves momentos, me hacías desear tanto como tú. Sin embargo, las cosas no siguieron como tus planes, y el destino otra vez nos la jugó en contra. La economía no iba bien para nadie, y tu madre había tomado la decisión de dejar Morelia y migrar más al norte, donde podría obtener en una fábrica lo que con las artesanías nunca conseguiría.

Esa tarde llovía, y tu trenza se desbarataba a cada paso de tu trote forzado. Yo solo te miré, desolado en aquella banca de la esquina del parque, y comprendí que habías decidido alejarte para siempre. Lo dijiste sin vacilar: que no podías dejar a tu madre, que volverías en cuanto ella no te necesitara más, que mientras tanto yo estudiara, que saliera ya del internado y que creara una vida en tu ausencia. Pero yo, tan débil como siempre me había creído, solo me limité a pedirte que no te fueras, que te quedaras en Morelia, que hiciéramos por fin una vida juntos y que trabajaría duro para que no nos faltara nada. Pero, a pesar de todas mis súplicas, tu decisión ya estaba tomada y tu partida fechada para el día siguiente.

Aun no comprendo cómo pude vivir tantos años en tu ausencia. Tal vez solo las promesas que te hice lograron que no me estancara en los recuerdos de España y el internado. Quizá tú hiciste lo mismo: saliste adelante y estudiaste artes, como alguna vez me contaste que lo harías. Yo, por mi parte, estudié literatura para hablar solo de ti en mis poemas. Quiero pensar que fue así, como único consuelo a

nuestra separación y como última petición al cielo que nos había sido tan cruel.

¿Sabes? Es extraño cómo los recuerdos se amontonan en un instante, como si todo hubiera sido en realidad un suspiro. Nada más que eso. Sin embargo, sonrío. Sonrío porque te he vuelto a mirar, así, entera, con tu trenza larga y tu mirada pícara. Esa mirada que intenté olvidar tantas veces, que me siguió por años y que, como era inevitable, nunca dejó mi corazón.

En mi delirio te veo caminar hacia mí entre la gente, como si no hubiera pasado el tiempo, como si esos domingos en el parque apenas hubieran sido ayer. Quisiera decir algo, cualquier cosa, pero la emoción me lo impide. Tú sonrías primero. Y entonces lo entiendo: también me estas esperando.

La promesa que hicimos ha resistido los años, incluso, ha trascendido la vida. Y aquí estamos, cumpliéndola. Finalmente.

No recuerdo cuándo morí

Rodrigo Oswaldo Flores Cuevas

Estaba acostado sobre la arena, frente a mí estaba el mar. Traté de hacer memoria, pero no lograba recordar cómo llegué a aquella playa. Llevaba una cantidad indeterminada de tiempo intentando averiguar quién era, pocas cosas pude rescatar del olvido, solo recordé que nací en un país llamado México y que desde pequeño me ha interesado la difusa historia de mi patria.

Las olas se acercaban a mi cuerpo, su espuma tomaba formas incomprensibles que resonaban en lo más profundo de mi alma inquieta. Era un mar hermoso que me acompañaba mientras mis huesos yacían sobre arena caliente que brillaba gracias a pequeños cristales de colores; estaba solo, siempre me he sentido así. La espuma de las olas dibujaba sobre la arena los pocos recuerdos que aún tenía, pero empezaron a surgir nuevas formas que me llevaron directo a mi infancia.

Fui a una pequeña escuela cuando era niño, aún no recuerdo el nombre de ninguno de mis compañeros, sus voces se mezclan entre sí y reverberan dentro de mi cráneo, estaba más confundido que antes; para ser sincero, no recuerdo nada de mi educación básica. Pero, después de mucho buscar en mi mente, di con la imagen de un edificio gris de ventanas cuadradas, esa biblioteca tenía una sección exclusiva para almacenar libros de historia y después de terminar el primer par de tomos no pude detenerme, quería conocer más, cada

detalle y fecha en una línea del tiempo que se extendía como el infinito horizonte que separaba al mar del cielo.

Había muy pocas nubes pintadas en el cielo, eran como pinceladas suaves hechas con paciencia y virtud. En cambio, el mar espumoso tenía pinceladas apasionadas llenas de movimiento que deseaban volver a aquel cielo de donde habían caído. Las nubes me estaban dando pistas sobre mi pasado, querían ayudarme a recordar.

Después de seis días el mar volvió a estar en calma. Ya había recordado mi nombre, mis apellidos, mi ciudad natal, mi trabajo como historiador, y los libros que he escrito sobre el pasado. Yo no recuerdo cuándo morí, pero tengo la fortuna de tener dentro de mí todos los secretos de épocas pasadas.

En ese momento me di cuenta de que me encantaría poder viajar en el tiempo para conocer a los actores y actrices que nos dieron una época de oro en nuestro cine. Me hubiera gustado tener pláticas con los grandes novelistas e intelectuales que cambiaron mi forma de ver la realidad; el pasado era atractivo para mi alma.

No me entristecía estar muerto, lo encontraba extrañamente relajante. No tenía necesidad de nada, pero había algo en mi alma que no me permitía abandonar aquella playa, seguía pensando en el último libro que empecé a escribir y que tristemente nunca terminé. A pocos metros de mi cuerpo estaba la libreta de notas en donde solía escribir las ideas que quería plasmar en mi fabulosa novela histórica, y siendo yo muy entusiasta de la época colonial me dieron ganas de escribir sobre la relación tan única que tienen México y España. Todo un enigma que jamás pude resolver en vida, quería dar mi opinión acerca de aquello que une a ambas culturas en la actualidad, pero que empezó hace ya algunos siglos.

Estaba pensando en aquel misterio cuando escuché una dulce voz que provenía de las profundidades del mar. Brotó de entre las olas una hermosa mujer, aquella sirena tenía algo que la hacía muy especial, además de su canción angelical, aquella bella dama del mar tenía unos ojos profundos que miraban con inmensa curiosidad mi estado mortuorio;

seguramente yo era el primer esqueleto humano que ella había visto, y por eso se acercó. Empezó a hablar conmigo, me contó que vino de muy lejos porque necesitaba unas vacaciones en alguna playa mexicana, da la casualidad de que ella era una sirena española que sabía de memoria todas las canciones y poemas del mar mediterráneo; yo intenté responderle, pero como los muertos no hablan me resultó imposible. Ella prometió que volvería otro día cuando yo tuviera más ganas de hablar y yo se lo agradecí con el alma.

Pasaron varios días desde que la sirena llegó a mi mar, todas las noches cantaba para sí misma y yo tenía la fortuna de escucharla, se veía grandiosa bajo la luz de las estrellas que la coronaban cada que sacaba su cuerpo a la superficie. Gracias a ella descubrí que los muertos también podemos soñar. En una tranquila noche donde el viento arrastraba el dulce olor de cientos de flores, la sirena pronunció mi nombre, me puse de pie, me sacudí la arena de los huesos y avancé hasta las olas para nadar con ella. En mi sueño volví a ser un hombre vivo, y eso me dolió tanto que cuando desperté no pude evitar imaginar que el mar eran las lágrimas de todos los sueños que jamás se harán realidad.

Pasaban los días y yo sabía que tenía que llegar al mar antes de que la sirena se fuera para siempre. Intenté moverme con todas mis fuerzas, pero nada ocurrió. Seguí intentando, pero mi esperanza era borrada como las pisadas que alguna vez dejé sobre la arena que ahora me consumía.

Me di cuenta de lo aburrida y desesperante que es la muerte; la sirena tenía todas las respuestas en sus historias y en sus poemas, era por ella que recordaba cómo pensar en español. Sus canciones me habían devuelto las ganas de vivir, me llenaba de letras sinceras con su armoniosa voz que enloquecía a mi alma. Ese pensamiento me llevó de vuelta a la novela que nunca terminé, la que buscaba descifrar cómo inició la relación entre México y España. Fue cuando empezamos a compartir el mismo idioma y a jugar con él que nuestra relación empezó a dar sabrosos frutos, fue la poesía la que nos salvó de nuestro pasado.

Y esa siempre fue la respuesta, la enorme tradición literaria que conocía la sirena es lo que me hacía amarla, a pesar de la distancia podíamos jugar con el mismo idioma. Me preguntaba por qué no podía hablar realmente, si un muerto como yo puede sentir es porque alguna vez pudo expresar lo que sentía.

Fue entonces que recordé cómo morí. Era un hombre obsesionado con el trabajo, insatisfecho de por vida, existiendo solo para presumir que su nombre había estado en la portada de varios libros que nadie se animaba a leer. Existía en mí una fascinación por las artes, pero el mundo laboral tenía otros planes que quemaron el poco tiempo que solemos vivir los solitarios. Un día dejé de leer libros, nada pareció haber cambiado, pero no noté que ahí empecé a sentirme mal, poco después dejé de ver películas, ya no me interesaba ir al cine, ni tocar música ni salir a bailar. Me consumió la arena mucho antes de pisar la playa.

Un día de vacaciones llegué aquí, mi mente estaba nublada por todas las cosas que tenía pendientes en mi trabajo, el corazón me dolía como si se estuviera quemando. Me tiré bocarriba lo suficientemente cerca del mar y con la poca imaginación que me quedaba pude oír el canto de una hermosa sirena. Después dejé de moverme, me fui quedando tan quieto que cuando me di cuenta ya había muerto, solo era un esqueleto que soñó que algún día fue un hombre vivo.

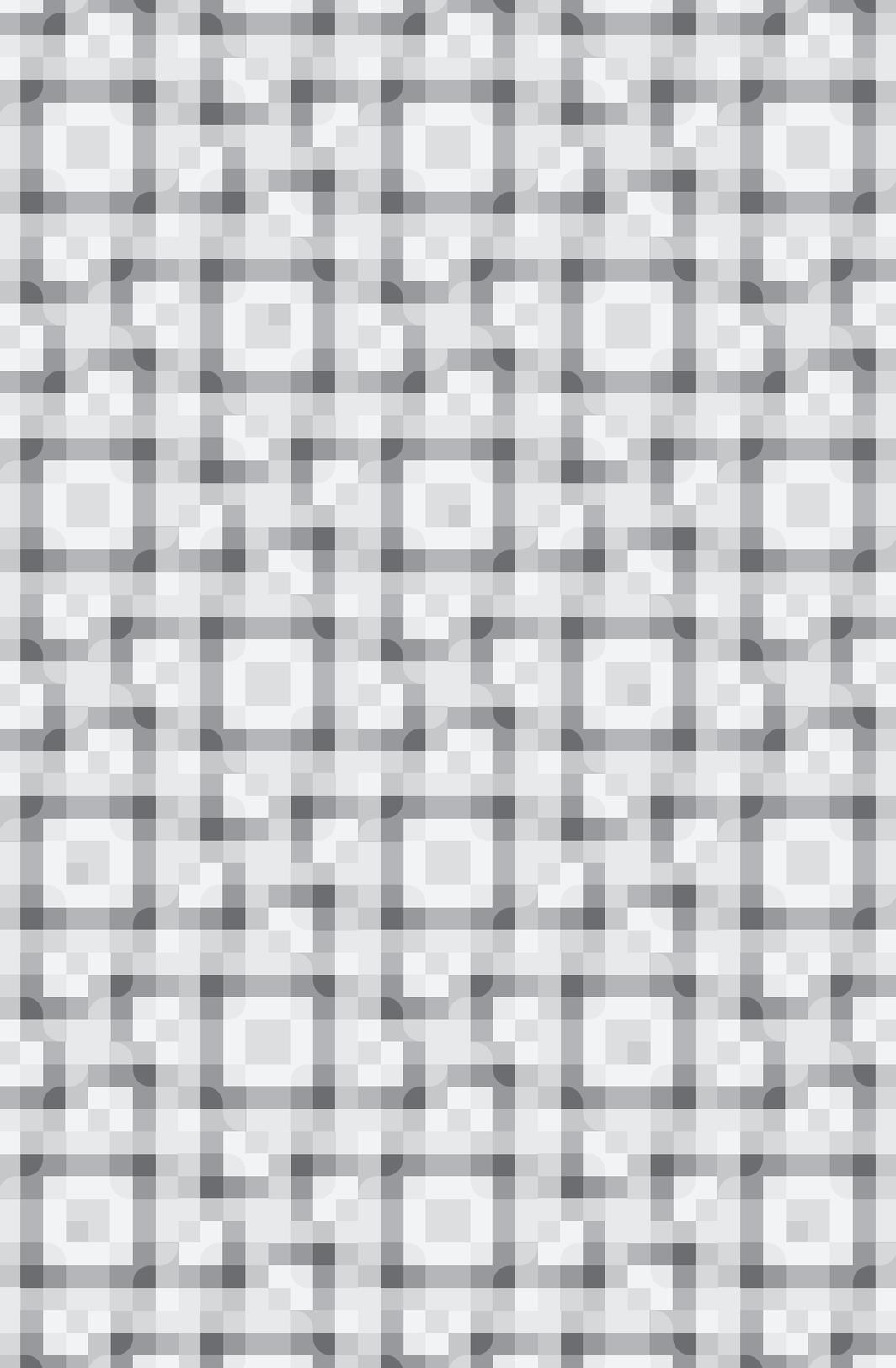
Empecé a recitar con mi alma todo lo que yo sentía, canté sobre el azul del cielo y de cómo sus pinceladas me daban paz. Canté de la arena caliente, de sus pequeños cristales de colores y de cómo la espuma se retorció para darle forma a mis pensamientos. Todo sobre la vida y sobre la muerte se encontraron en mi canción, las olas se movían de forma inusual, era porque yo las estaba llamando; quería que ellas me acercaran a mi amor.

Seguía improvisando versos y sentí que el mar estaba intentando componer poesía conmigo. A falta de voz propia, el mar se convertiría en mi voz y le daría un mensaje a aquella sirena tan hermosa que me devolvió las ganas de

vivir. Continuaba la sinfonía que traspasaba las barreras de lo humanamente comprensible hasta que sentí una sensación fría en mis huesos, agua salada estaba subiendo por mi cuerpo, me arrastraba al fin. La arena era desprendida por la fuerza del oleaje y poco a poco me sumergí en el mar, al flotar sentí que volaba, todo había terminado, lo había logrado.

La sinfonía del mar comenzó a sonar en los arrecifes que desbordaban sus colores sobre el suelo marino. Me sentía vivo otra vez, yo sabía que lo estaba. Cuando abrí los ojos vi a la sirena, ella había entendido mi mensaje, me tomó de la mano y avanzamos a través del agua salada, una vez que aprendí cómo nadar, recorrimos juntos todos los rincones del interminable océano.

FIN.



Remedios

Sofía Ximena Navarro Reyes

Más voces y colores se metían en mi corazón, lo hacían bailando y gozando de la música entrecruzada. Cacofonías y melodías.

En la hacienda de los Martínez el sol gobernaba sobre las nubes con los mezquites que parecían uñas y garras de las brujas bajo la cama.

El latido de los corazones entre las milpas y rosales, mi corazón que se dejaba conquistar por el aroma a incienso y hierbas medicinales. Yo me encargaba de traer de entre las milpas la vida, un nuevo latido, más sangre y el llanto de otro ser.

Vivían en la hacienda en mitad de la paz y la tranquilidad, pero mi corazón se encontraba entre los montes, en esa cabaña vieja de palma y madera en donde mi abuela enseñó a mi madre el oficio de la partería, donde vi y escuche por primera vez a un bebé salir del cobijo de su madre, llantos y sangre en las sábanas.

Remedios, así me puso mi madre en ausencia de un hombre. Viajaba con ella por el monte hasta las ranherías, las haciendas solitarias y las que estaban a punto de ser un pueblo con todo y su iglesia, para asistir a las embarazadas y madres primerizas aun con la panza inflamada y el chiquillo en la cama, pacíficamente durmiendo con una sonrisa angelical, como los querubines en las pinturas de la iglesia.

Las revisábamos y les dejábamos menjurjes para calmar los dolores, piedras calientes y unas bolsitas con telas perfumadas. A mamá le gustaba pasar por el mercado y ver todo lo que ahí se vendía, a veces compraba, otras decía que para la próxima. Íbamos por las haciendas revisando a los bebés de meses, quitándoles la mala suerte y las lombrices de la panza; comíamos platillos que en la casa jamás imaginamos, en una ocasión comimos camarones con arroz y fue descubrir la gloria, tocar el cielo con las puntas de los dedos. Conocer y servir por un par de monedas o un kilo de tortillas.

Cuando cumplí dieciséis, la abuela me permitió asistirle en uno de los partos. La chica tenía mi edad, sudaba como puerco con las manos atadas a un palo medio sentada, gritaba y gemía en intensos dolores por sacar la vida de su interior.

Cacofonías y colores que no existían.

Su esposo esperaba en un rincón con las manos entrelazadas.

Dejó de gemir y fue un intento de grito lo que exhaló.

—¡Ya viene, solo un poco más! —gritó la abuela a sus pies.

Tome su mano y las dos respiramos profundo y con todas las fuerzas que le quedaban en ese pequeño cuerpo pudo dar a luz a un niño hermoso y que lloro tan pronto salió. Su mano me soltó y su cuerpo se vino abajo.

—Llévala a la cama, límpiala y vístela con ropa nueva, porque ha logrado traer vida al mundo —me indicó la abuela mientras llevaba al niño a los brazos temblorosos de su padre.

Durmió cuatro horas en un profundo sueño, al final, en pequeños sorbos, le dimos un té de acuyo para calmar la hinchazón del cuerpo y que pudiera respirar sin dificultad.

La observé, sudaba y las manos le temblaban mientras veían a su hijo en los brazos seguros de su esposo. ¿Todo era así? La vida iba con los dolores, sangre y manos temblorosas... ¿o la vida conllevaba dolor?

Los esposos y el pequeño querubín se fueron al amanecer, y la pregunta al verla caminar como gato espinado se

clavó tan profundamente en mi mente que el olor a humo de la casa me provocó arcadas.

Vi los libros y escritos arcaicos de la abuela y busqué entre líneas un remedio para el dolor, otro para un parto sin sangre y, si podía, uno en que no tuviera que desmayarse la mujer. Creé un mapa con las hojas sobre la cama, un árbol en el piso y todo se levantó del suelo con el simple silbido del viento; supe cómo curar el mal de ojo y cómo prevenirlo, cómo quitarles los cólicos a los caballos y que el muitle quitaba la diarrea, pero no había remedio para el dolor de un parto, o para el andar con espinas entre las piernas. No había hierba ni veneno que no las hiciera pasar por un parto sin dolores innecesarios.

Pasaron meses y seguí acompañando a mamá al mercado con el aroma a plátano y especias extranjeras, asistía a la abuela en los partos, vi a gallinas y guajolotes vivir juntos en el mismo gallinero sin comerse entre ellos. Vi zorros y coyotes que luchaban por un pedazo de tierra.

Escuché a una mujer pedir que su niño viviera antes que ella, “Que salga él, mejor él que yo”, fue lo que nos dijo en un rezo entre alaridos desesperados. La vi por lo que era y por lo que no pudo darle al mundo, por los colores que no debían estar sobre su piel, sellos.

Gritó y mamá sacó al niño, un querubín que por más nalgadas que le daban no lloraba. Lo zarandeo con cuidado y su rostro siguió morado. Lo tomé de los brazos de mi madre, lo acerqué a mi oído buscando el latido de su pequeño corazón. Un latido, o dos, solo eso. Quería saber si corría sangre y el aire se transportaba.

Quería saber por qué su corazón no latió, por qué no fue capaz de respirar.

Y la espina se clavó más profundo en un intento de gritarme que la dejara, pero, al mismo tiempo, que la mantuviera conmigo, que la dejara florecer.

Volví a los textos de la abuela y el viento silbó, se llevó todo, lo revolvió frente a mis ojos, se metió entre mis oídos y

me dejó tirada en la humedad, con la manzanilla en el pelo negro y el petate en la mano.

Nos mandaron llamar a un pueblo del otro lado del monte, fue el corregidor. Al llegar, la casa estaba repleta de personas que se hincaban y rezaban frente a las imágenes de la Virgen de Guadalupe, entramos y pudimos escuchar un grito al final del pasillo y una voz que rogaba que resistiera un poco más.

Tenía lágrimas en la garganta.

Algo me habló al oído, se acercó y pasó de largo, abriendo la puerta del cuarto como una flecha, lo vi y supe que el cielo lo había mandado para mí, era el viento y el movimiento de mi corazón dentro de mi pecho; no era un parto como los que conocía; no estaba sentada o en cuclillas, estaba recostada en su cama blanca manchada por el dolor disipado por el llanto de un niño hermoso y sano dado a luz.

Y no fueron colores imaginarios. La escuché y la vi sostenerlo en sus brazos con lágrimas en las mejillas.

“Hagan su magia con las hierbas y esas cosas. El médico ya terminó”, dijo el corregidor antes de salir del cuarto. Lo pude ver al hombre de ropas blancas frente a la mujer, le sonrió y metió un montón de cosas plateadas en su maletín, pasó a nuestro lado sin cruzar mirada. El párroco lo detuvo y le dio la mano, finalmente se acercó al niño y lo bendijo proclamándolo hijo de Dios.

Nos acercamos a la mujer, titubeando le dimos el té de acuyo, mientras lo tomaba, revisamos al niño, buscando colas de cerdo o dedos demás.

—¿Qué fue eso? —le pregunté a la mujer.

—Niña, es ciencia —contestó con la lengua en s.

Fue el momento en que la espina se clavó tan profundo en mi mente que se traspasó a mi corazón, se volvió fina, directa y curiosa, tan curiosa que no volvió a los papeles de la abuela, no volvió a tocar un molcajete en búsqueda de un remedio milagroso. No, lo buscó fuera de su casa, lejos del monte; en las paredes pintadas y esculpidas en ladrillos con fuentes y canarios en jaulas.

Lo buscó entre libros de cuero y bocas que hablaban otro idioma, el idioma de la ciencia.

“¡Pues ve y busca tu dichosa cura en otro lado. En esta casa estás con nosotras o no eres nada!”, me gritó la abuela y me azotó la puerta de mi corazón en la nariz.

Salí con mis maletas y el puño de hierbabuenas. Abrí las puertas de la casa del corregidor, las ventanas y las jaulas cantaron y se retorcieron con el paso del viento y el olor a incienso. Estaban ahí todos, el corregidor y su esposa con el niño en brazos, el médico de traje y el padre de la parroquia, todos lo olieron y parecía que la cura estaba cada vez más cerca.

La rocé con las puntas de los dedos, con el olor a rosas y hortensias. Era hoy, esa misma noche, con los colores vivos y el corazón espinado.

Años y primaveras verdes, inviernos solitarios con muertes y pesos y medios muertos a causa de un dolor, de una lágrima mal regulada. Fue ver y volver a tomar el molcajete con las manos quemadas, fue volver a buscar repuestas en los libros de cuero y las inmensas bibliotecas, rezar y esperar la siguiente estación por una planta.

¿Era posible?

Rezar de rodillas y buscar una planta para curar el mal de ojo. Traer vida de la milpa, verla y escucharla, verde y amarilla, como los granos del café o como la tierra húmeda. Todo traía vida al mundo.

“La vida es un riesgo... El dolor pronto se transformará en recompensas mayores”, me dijo el padre.

Dejé de buscar un parto sin sangre, dolores o riesgos, y busqué la forma en que ningún bebé muriera, en que una madre pudiera cargar a su hijo recién nacido, con o sin brazos temblorosos. Busqué que el zorro y el coyote me dejaran entrar a su casa, me dejaran curar y traer la vida al mundo.

Busqué la vida en la tierra dormida y conquistada.

Dejé florecer la espina, clavarse y volverse fuente de vida, eternidad y fuerzas.

Busqué la luz, la esperanza... la cura para la tierra dividida.

Viajé con la hierbabuena en las manos y la ciencia en la mente. Perdí el corazón y las garras, caí de rodillas rezando que no murieran en mis manos, pero la vida también podía, solo llegaba para enseñarnos... saber...

Un ojo amarillo y otro verde.

¿Y si dejaba que la milpa creciera en mi mente y la espina llegara a la mente inundándola de incienso?

Un día de abril

Estefanía Guadalupe Benítez Santos

En un mes donde las jacarandas florecen y el calor se intensifica. Un hombre despertaba por las mañanas, listo para comenzar un nuevo día para repetir su rutina: traje planchado, mirada al espejo, y esas cejas gruesas heredadas de un padre que nunca conoció.

Hernán se había convertido en un apasionado historiador, quien amaba la historia de México. En sus tiempos de estudiante pasaba horas y horas entre códices antiguos, documentos coloniales, cartas y relatos tratando de reconstruir el pueblo mexicana que había sido olvidado.

Todo es fascinante en la flor de la juventud y la ligereza del cuerpo es la de una pluma, donde los sueños son más grandes y el límite es el cielo como muchos lo llaman... Pero tarde o temprano la realidad nos alcanza y dejamos de ser soñadores, el capitalismo y la supervivencia llegan para arruinar nuestras pasiones. Ya habían pasado varios años de su egreso, ahora se dedicaba a ser profesor en una escuela.

Cansado de un largo día regresaba a casa, y dando media vuelta por la esquina 46 se encontraba el museo que estaba por cerrar sus puertas. Por mera curiosidad, siempre volteaba para alcanzar a mirar aunque sea un poco, ya que por sus horarios tan ajustados en la escuela, hace tiempo que no visitaba el museo. A lo lejos alcanzo a mirar un mural sobre la conquista española, pintado por José Sanmar. Un caballero

al estilo quijotesco, cubierto de sangre y polvo, mantenía su espada en alto. Frente a él, se encontraba una mujer que lo miraba con súplica mientras tomaba un niño en brazos. Al ver esa pintura se estremeció, su sangre hirvió y siguió su camino a casa.

Llegando a su destino, se quitó la ropa que le quemaba. Apagó las luces y se miró al espejo, bajo las luces que emitía la calle. El hombre que miraba era un hombre diferente, al parecer su búsqueda de respuestas había cambiado sus facciones, su mirada se había endurecido y estaba perdida. La rutina lo había cansado y su cara lo reflejaba cada día más. Sus sueños se encontraban cada vez más lejos.

Conforme más se miraba, su cara se deformaba, sus facciones se tensaban cada vez más mientras le salían arrugas en la piel que él no poseía. Su cabello comenzaba a alargarse y a ponerse blanco. Parecía que su piel se hacía cada vez más vieja, pero no esto no lo asombraba, sino lo hacía mirarse con más detenimiento mientras se tocaba la cara.

Esa imagen que se había formado de pronto se separó y se colocó detrás de él.

Un hombre lleno de polvo, con ropa desgastada, lo miraba fijamente.

—¿Quién eres tú? —preguntó Hernán.

—Me llamo Efraín.

—¿Qué es lo que quieres?

—Tú me llamaste, ¿acaso no estabas buscando la verdad?

Yo no busco nada, la verdad es relativa, sólo sé lo que veo. Lo que conozco. La verdad es muy difícil de alcanzar.

El hombre comenzó a visitarlo cada noche y le relataba la masacre de los españoles, lo que le había sucedido a su familia y todos los horrores que había vivido a mano de ellos. Hernán recibía estas visitas diario por la noche y practicaba el mismo ritual. Apagar la luz, desnudarse y mirarse al espejo esperando que Efraín apareciera...

Hernán comenzó a reprochar su propio nombre y la misma sangre que venía de su abuela criolla, la masacre que

está vivió. Parecía que su vida se tornaba cada vez más intranquila.

Al otro lado del mural, el mismo que a Hernán lo perturbaba, se encontraba María. Detrás de ese lugar, donde nadie la observara, como todos tratamos de escondernos, cuando aún no encontramos nuestro lugar en el mundo. María no era la excepción.

Había cruzado el océano con ilusión. Llegó a México con su título bajo el brazo, una licenciatura en Historia del Arte y un idealismo que ahora, años después, le parecía ingenuo. Se había esforzado por adaptarse, por pertenecer, por contribuir desde su amor a la cultura y la educación. Pero pronto descubrió que llevar acento español era, para muchos, llevar también una carga histórica imposible de soltar.

Ya había intentado ser docente, pero en un país lleno de prejuicios, hacía su nacionalidad, le había ido muy mal. La maestría por ahora no se encontraba en sus posibilidades, así que optó por trabajar en el museo.

—Despierta, María. ¿Sigues aquí?

—Lo siento, sigo aquí.

—Sólo te quedaste mirando ese mural —le dijo su compañera.

Siempre quiso tocar ese mural, era tan alto y tan bello. A ella siempre le impresionaba su magnitud y creía que aún no perdía el toque.

Le encantaba su textura, su aroma y más que nada las emociones que podían transmitir. En este caso, el mural le transmitía melancolía, tristeza y esperanza. Mirar lo cruel que podía ser la humanidad le provocaba rabia, pero, al otro lado de la balanza, estaba su esperanza. La misma que va y viene con el viento. La que nos levanta día con día, la esperanza que nunca se va, pero tampoco se queda.

Esa brillante armadura le hacía recordar a su país, ese caballero para ella no significaba una masacre, sino que le recordaba al emblemático don Quijote de la Mancha, el cual odió durante toda su adolescencia en las clases de literatura, tenía un castellano tan arcaico que le daban ganas de vo-

mitar, no entendía cómo la gente podía amar a un anciano tan loco y tan delgado que amaba con locura a alguien que nunca conoció, su adorada Dulcinea. Aunque bueno, no podía negar que, de vez en cuando, aquel anciano y su gordo compañero lograban sacarle una sonrisa.

Al traer ese recuerdo a su memoria volvió a sonreír.

—¿Ya viste a ese chico? Ya van tres ocasiones en que pasa y no le quita la vista al mural, aunque no logro entender por qué no entra —le dijo Isabel.

—Déjalo, así suele pasar, mucha gente sólo ve los museos por fuera. Además, ¿tú qué le andas contando las veces? Ven, vamos tomando nuestras cosas para cerrar.

Isabel y María, apagaron las luces, cerraron con llave y se fueron a casa.

En la quinta avenida del número 46, Hernán se despertaba como de costumbre, pero ya no dejaba de pensar en lo que le había pasado las últimas tres noches. Esos encuentros con Efraín lo estaban carcomiendo, de sólo pensarlo no dejaba de sudar. Llegó a pensar que estaba enfermo o estaba teniendo alucinaciones, pero todo se sentía tan real... respiró profundo y retomó su día como si nada. Terminó su jornada laboral y se dirigió a casa, de nuevo se encontró con el mural y nuevamente se detuvo a verlo, estaba tan concentrado que no se percató de que una mujer estaba a su lado. Era la compañera de María.

—Puede pasar joven, es un gran mural, podría disfrutarlo de cerca.

Se adentró en el museo, su arquitectura se encontraba perfectamente como la recordaba. Todo era tan acogedor, tan tibio, que logró calmar su ansiedad. Comenzó a recorrer los pasillos, y a mirar las pinturas que se encontraban en exhibición. Rodeado de un gran jardín que daba vista a la calle, se encontraba el mural, decidió mirarlo con más detenimiento.

María lo miro de lejos y a decir verdad, le causó intriga. Se miraba cansado y desconcertado, así que se acercó para ver si necesitaba algo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, María no quiso esconderse.

—Es un gran mural, ¿no lo crees?

—Sí... aunque también es desgarrador.

—Las obras sobre la conquista siempre remueven algo. No son solo pinturas, son historia. Violencia, sufrimiento...

De pronto, Hernán se percató de su acento, su postura, su tez clara y la volteó a ver. Era española.

—¿Y cómo vienes tú a hablar de la conquista? —dijo sin elevar la voz, pero con un filo que no necesitaba gritar—. Si toda mi tierra está manchada por tu sangre.

El silencio se hizo pesado. María sintió que el aire en su pecho se detenía un momento. No era la primera vez que enfrentaba ese juicio, pero dolía igual. No por orgullo, sino porque entendía. Porque, en el fondo, ella también sentía ese peso.

—No vengo a hablar desde el lugar que crees —respondió con calma, sin esquivarle la mirada—. Yo también cargo con eso. No me enorgullezco. Solo intento entender. A veces, hasta intento pedir perdón, aunque sé que no alcanza.

Hernán bajó la vista. No esperaba esa respuesta. Estaba acostumbrado al discurso académico, al tono condescendiente. Pero en su voz no había superioridad. Solo una tristeza que se parecía demasiado a la suya.

—¿Trabajas aquí? —preguntó, cambiando de tono, casi sin darse cuenta.

—Sí. En el área de mediación. Pero a veces me quedo sola con las piezas. Son más fáciles de leer que las personas.

Él sonrió por primera vez, apenas.

Durante unos minutos, ninguno habló. Se limitaron a mirar el mural juntos. Ya no desde la rabia ni desde el juicio. Solo como dos personas que compartían el mismo silencio, desde lugares distintos.

Cuando él se despidió, no pensó en pedirle su nombre. Pero antes de cruzar la puerta, ella lo llamó:

—¿Vendrás otra vez?

Él dudó un momento. Y luego dijo:

—Si me prometes que no me vas a hablar de historia... tal vez sí.

Ella sonrió, y fue entonces cuando él notó que tenía los ojos un poco tristes, pero hermosos.

—No. Te hablaré de arte. Es más honesto.

Y entre el mural y una conversación, entre las heridas del pasado y los gestos suaves del presente, nació algo callado.

Quizá era justo lo que necesitaba Hernán.

Quizá también era lo que buscaba María, sin saberlo: un rincón del mundo donde nada doliera tanto, donde las palabras no pesaran, donde el silencio no asustara.

Dos almas encontrándose sin declararse guerra, sin exigirse promesas.

De Efraín no se supo nada durante mucho tiempo.

O quizá nunca se supo nada realmente. Tal vez solo fue un instante, un parpadeo.

Un sueño necesario para salir de esa rutina que lo carcomía por dentro, de esa tristeza sin nombre, de esa herida antigua que no sabía de dónde venía... pero que igual dolía.

Porque a veces las respuestas no llegan como certezas. Llegan como personas. Como una conversación frente a un mural. Y al final, como diría Calderón de la Barca: La vida es sueño, y los sueños, sueños son.

Entre la sangre y el silencio

Sara Ortiz López

Malinalli, nacida bajo el lodo y las espinas, en tierras descendientes de civilizaciones arrasadas y de dioses sin piedad.

Esclava de la vida, sin valor alguno más el del hacer con sus manos que nada valen. Se convirtió en traidora, amante y protagonista de una historia quizá mal contada, en la que mucho se cuenta, pero nada se sabe en realidad.

Entre la espesura de la hierba resaltaba su belleza y un destino inesperado que la llevaría a ser recordada en épocas modernas del reconocimiento a la mujer y de una nación protegida bajo el manto álgido de la ley y los derechos que solo cubren la fachada de una época aparentemente humanizada, en el intento del hombre por convencernos de que somos menos salvajes.

Capítulo 1. Hija de nadie

Malinalli, así fui nombrada la hija náhuatl, que en lenguas natales hace referencia a la hierba retorcida.

Cabellos oscuros y piel morena adornaban mi rostro. Inocencia y vitalidad recorrían mi sangre; sangre enraizada de cultura, ritos y creencias.

Son tiempos difíciles donde vivir es tan sangriento como morir. Una época donde la mujer es moneda de cambio.

No fui la excepción, las circunstancias hicieron a mi madre cambiarme por unas pocas monedas. Aquel día la vi a sus ojos sabiendo que sería la última vez que lo haría, su mirada se mantenía firme e indiferente ante mi voz que se quebraba con el llanto, preguntando por qué lo había hecho. Una niña no podía comprender cómo es que una madre puede vender algo que ha salido de sus entrañas, era una crueldad, una injusticia. Mi corazón se comenzó a impregnar de odio, indiferencia, pero sobre todo venganza.

Al igual que otras mujeres y niñas fuimos llevadas a otras tierras; pero más que a otro lugar, a otra cultura, donde lo único en común era la esclavitud. Si hay algo más abajo del inframundo, ese es el esclavo.

Con el paso del tiempo me adapté a la nueva cultura maya; comencé a alabar a otros dioses, a hablar otro idioma y a vestir con ropas diferentes, mis manos sangraban y mi espalda ardía de dolor, pero sobre todo tenía el alma rota, era una hija de nadie.

La soledad era algo que disfrutaba. Tonantzin era la única amiga que tenía. Se había vuelto un infierno vivir en esa aldea, pues algunas mujeres jóvenes hacían mi vida imposible, más de lo que ya lo era. Trabajábamos de cuatro de la mañana a dos de la tarde en los huertos de maíz y el resto del día acarreando agua y cosecha a la aldea, preparando alimentos y lavando los trapos. No daba tiempo ni fuerza para pensar en uno mismo.

Me gustaba apreciar el atardecer mientras cantaba la canción de antes de dormir que mi madre me había enseñado:

Te amo, flor de la luz,
mujer sagrada, corazón del viento.
El atardecer camina en rojo,
hoy, en la tierra, nace la libertad.

Capítulo 2. Cuando bajaron los dioses

Una mañana, donde el sol ya calentaba la helada alma, un alboroto sobrepasó lo cotidiano: "han bajado los dioses", se escuchaba decir.

Ese mismo día nos reclutaron a mí y otras esclavas. Mis ojos nunca habían visto tal cosa, "han bajado los dioses" dije en mi mente. Hombres pálidos, con ropas inusuales y espalda recta, imponían poder. Fuimos reclutadas en la arena caliente, sabía que seríamos objeto de cambio, nuevamente.

Caí de rodillas al ver a la bestia montada; llevaba un crucifijo al pecho y una capa húmeda; como alas caídas. Mis ojos creían ver un teōtl, mitad hombre, mitad bestia, traído desde el vientre del océano.

Cuando sus ojos del color de cielo despejado tocaron los míos, no hubo palabras, solo ecos de tiempos por venir, su mirada se deslizó sobre mi cuerpo descuidado.

¿Quién es esta doncella que me mira como si ya supiese quién soy? Decía mientras tocaba su larga barba.

Nehua notoka Malintzin (Yo me llamo Malintzin) dije en náhuatl. Su expresión me dio la impresión de que no habían comprendido lo que había dicho. Entonces repetí, pero ahora en maya. Un hombre susurró a su oído.

Entonces este Dios del mar alzó una ceja, dio un paso hacia mí "¿esclava o ángel?, ¿he de temerte o alabarte? Virgen oscura".

El hombre me traducía en maya, idioma que había aprendido después de ser vendida como esclava.

Hernán sonrió, como quien cree haber encontrado oro y no sabe que es fuego: "Entonces traduce por mí bella virgen oscura. Diles que no he venido a herir sino a redimir".

Miré hacia las caras conocidas de los mayas y con voz temblorosa dije en maya: "Él quiere leer el día, hacer florecer la tierra, que trae el sol con él".

No era una tarea fácil, pues no se trataba de traducir solo las palabras, sino adaptarlas a la forma en que la tribu en-

tendía, sin embargo era una tarea para la que estaba hecha a realizar.

Este fue el momento que cambiaría el rumbo de mi destino, pues rápido entendió que yo era más valiosa que el acero y el oro. “Malintzin”, me llamó, y desde entonces fui su sombra. Traduje sus palabras al maya, luego al náhuatl. Comprendí que era un objeto muy valioso para ellos. Nunca las palabras habían tenido tanto valor, pues tenía el poder de desatar una guerra si así lo deseaba.

Estaba entre la pared y la lanza, entre dos culturas que no eran las mías y que sabía que al final de la historia iba a terminar con la lanza atravesada, por cualquier camino que tomara.

Capítulo 3. La traición

El tiempo pasaba y aprendí el idioma de Hernán al igual que los días trajeron consigo un susurro que no supe traducir: el deseo.

Una noche en especial, de luna llena, de dioses danzando por los cielos si quisieran iluminar nuestros rostros. Hernán me miró profundamente a los ojos, como solía hacerlo.

¿De dónde provienes Malintzin? Dijo con tono suave.

Yo tenía la respuesta en la punta de mi lengua, como si me hubiera preparado toda una vida para responder esa pregunta.

Entonces eres mía, no por cadenas sino por amor, traduce para mí hasta el final de nuestras vidas y compartiré contigo mis días, mi lecho y mi amor.

Esa noche bajo el cielo iluminado la luna fue testigo de la confesión de un amor que no parecía imposible, mi alma inocente se había enamorado del dios del océano y yo me había entregado a él.

En los días siguientes la traición vino envuelta en lengua. El jefe maya se acercó, buscando hablar. Traía flores blancas, símbolo de paz.

Era una situación delicada, sus palabras eran cuidadosas "Traigo el sol como ofrenda".

Pero Hernán sediento de poder y gloria, me susurró: "Diles que, si no nos es otorgado el oro, los quemaremos como se quema a la hierba seca".

Tenía la decisión en mi boca, desatar la guerra o poner furioso a Hernán y su tropa.

Solo tenía segundos.

El tiempo traduciendo me había permitido modificar el mensaje de tal forma que no pareciera tan ofensivo para los mayas, pero advirtiendo de las amenazas que estos tenían contra el pueblo. Yo no sabía los planes que se tenían, apenas pregunté y Hernán con voz burlesca mencionó que esos no son temas de interés para una mujer. Lo único que sabía es que estaba en riesgo el pueblo maya.

Una noche siguiente, decidida a advertir ante la sospecha de los planes, me avviciné a la aldea. Mis ojos vieron lo que no estaban preparados para ver. Esa noche hubo gritos de dolor, casas ardiendo. Mujeres huyendo con sus crías entre brazos y sangre derramada de una cultura que me había visto crecer.

Huí, como se huye por cobardía. Nadie supo nada de mí, ni siquiera mi sombra.

Ya no era flor ni tierra, era fuego. Era la lengua que traiciona para sobrevivir. Y el amor que, al nombrarse, deja de serlo.

Capítulo 4. La voz que no grita

Sin duda alguna los hechos me habían marcado y forjado. Había aprendido muchas cosas, pero sobre todo, había comprendido que la mujer nada vale en este sistema, porque no tiene fuerza para luchar ni voz para gritar.

Se es de un tipo distinto de fuerza, que no grita, más bien susurra, pero que es igual de eficaz que el del hombre.

Era como mover las piezas de juego, donde la mujer está en desventaja, pero opera silenciosamente, porque quien realmente tiene el poder, no necesita gritar.

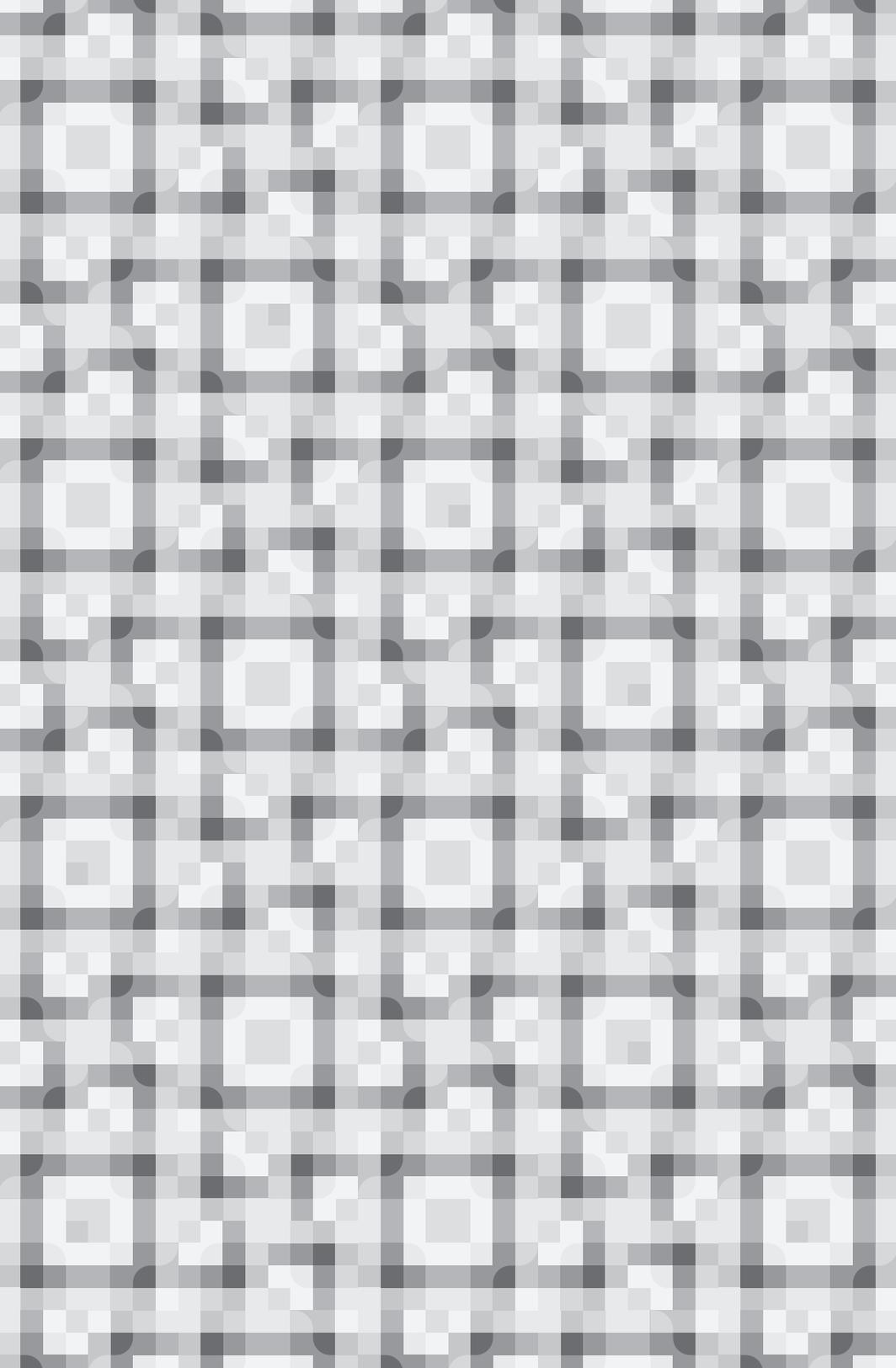
Durante ese tiempo observé cómo operaban los hombres y aprendí a moverme en un mundo gobernado por éstos, no por venganza, sino por instinto.

Entonces, no se necesita de fuerza, lanza y poder, si utilizar las herramientas que ésta tiene por naturaleza: el encanto, la belleza, la delicadeza, lo suave, incluso lo débil, mantienen al hombre de rodillas.

Nada se supo de ella y cuentan las lenguas más antiguas que, en cada mujer que nace en tierra mexicana, desde su muerte, yace consigo su espíritu y encanto. Son descendientes de Malinalli.

Poesía

Temática: Libre





Si un tercero nos viera

Brenda García Laurent

Si cualquiera nos viera caminando
sobre la misma banqueta
pero en direcciones contrarias
juraría que somos unos desconocidos.

No imaginaría que al pasar cerca tu hombro y el mío
habría un derrumbe
y un diáfano deseo de renunciar
al papel que pactamos en esta puesta
en escena de lo irreversible.

Si alguien nos viera
no imaginaría las palabras que nos escribimos,
los suspiros que nos robamos
las tardes en que lo cotidiano se volvió milagro.

Si alguien nos viera
se preguntaría en qué pensamos
sin imaginar
que morimos lentamente
mientras seguimos caminando.



Calor de verano

Aurora Regina Muñoz Meza

La tarde huele azul
a malva y romero.

Mientras el sol va metiéndose
la tarde es recuerdos y calor.

Calor de pleno verano
a inicios de primavera.

Amor de pleno verano
y aún no te conozco.

Estoy creándote a mis latidos
a pasos cortos.

Llegarás con el primer golpe de calor
a cuarenta y cinco grados a la sombra.

Si me permito imaginarte poquito
llegarás puntual y con calma.

Puedes preguntar mi nombre
sabiendo la respuesta.

Puedo usar el fuego y prender un sol chiquito
¿puedo verte en la noche
si mi sol te quita el sueño?

Espero sentada
con la ventana abierta.

Sé que llegas
vestido en tarde azul.

Si me esperas un ratito
te veré en la primera ola de calor
en el fuego de medianoche
en un manojito de malva y romero.



Si yo fuera un ave

Tadeo de Jesús Arredondo Vidales

¿Qué cantarán las aves
que forman parvadas entre campos
de cemento y metal?
Esos pajaritos que vuelan simultáneos
sobre ríos de angustia constante.

¿Tendrán incertidumbre
de la tierra que les dibujan
en sus cuentos de dormir?
¿Pesarán más sus alas
que dejaron de ser blancas
y que ahora guardan polvo
y colillas de cigarro?

Si yo fuera un ave, tendría miedo;
miedo de estrellarme en barreras invisibles
mientras vuelo en busca de la flor que me quitaron.
Miedo de caer del nido y llegar al suelo
donde ya no me asustan los perros ni los gatos
sino otros animalejos
de dos patas y ladrillos por manos.

Me imaginaría la vida
cuando el aire pesaba menos.
Aquellos tiempos donde el piso llenaba de lodo
cuando bajaba a desovar.
Donde tiritaban los cuerpos desnudos
carentes de pudor
cubiertos sólo por los tiernos brazos
de la enredadera.

Me encontraría en renuente apelación
de vivir en sierras de losa colada
donde hay ruido suficiente
para revivir al muerto del cerro
o despertar a la mujer dormida.

Me preguntaría qué hubiera pasado
si el fruto prohibido hubiera sido el maíz
y Adán y Eva tuvieran la piel morena
y los ojos rasgados.

Pero la fruta fue la manzana
y Adán y Eva caucásicos.
Ahora hablamos todos español,
o inglés, o francés,
o algún otro idioma que de nativo no tiene nada
mucho menos de oficial.
Esperamos firmemente
que los abuelos no nos dejen solos
pues con cada uno de ellos
parte nuestra identidad.

Si yo fuera un ave en este país
volaría lo más alto que pueda
antes de que me corten las alas.

Pero no soy ave,
mucho menos Adán o Eva;
a decir verdad, ni siquiera soy oriundo
ninguno lo somos.

Y morirán los abuelos,
y moriremos nosotros,
y sólo quedará entre los campos
un triste soneto huasteco.

El susurro del tiempo

Yiara Monserrat Maravilla Méndez

He corrido siempre detrás de los días,
siguiendo la estela de un sol que se va.
He sido un reflejo de sombras y brisas, un
eco perdido sin nombre ni hogar.

Me dijo el camino que nunca parara,
que el mundo es de aquellos que saben correr,
que solo en la prisa la vida se encara,
que el sueño más alto no espera al caer.

Y así, entre la bruma de pasos ajenos,
olvidé mi sombra, mi rastro, mi piel.
Viví como el viento que cruza los cerros,
sin norte, sin causa, sin tregua, sin fe.

Pero en la pausa de todo lo ido,
en medio del ruido que deja el ayer,
descubro en la sombra un viejo latido,
un pulso dormido queriendo volver.

Las hojas, cansadas, susurran y ceden,
se sueltan del árbol sin miedo a partir.
No buscan senderos, no luchan, no temen,
tan solo se dejan... y aprenden a ir.

¿Por qué resistirme? ¿Por qué no rendirme
al dulce cansancio de un último adiós?
Si todo termina, si el tiempo no insiste,
¿por qué mi alma persiste en ser lo que no?

Respiro en la brisa, me abrazo a la calma,
suavizo el latido, renuncio al temor.
Siempre esperé que me hallara el destino...
sin ver que ese hallazgo... ya estaba en mi voz.

Miraba los horizontes

Aranza Mariana Hernández Flores

Miraba los horizontes
entrecerrando los ojos
a ver cuál era el que veía de
los dos:
Si es humo, es Comala.
Si es él, iluminación.

Desde los andamios de metal
donde
los rayos se filtran,
en las alturas eterno siempre me
sentí,
nunca supe dejar que el mundo
me abrazara,
entre las piedras, dedos y
abrazos me escabullí
entre los cordones de los
zapatos.

Con recelo siempre de mi libertad
acuariana,
para mí, lo mejor era caminar a
pie,
a la orilla de las verdes
carreteras, donde el autobús
nunca se detuvo.

Romper la ventana y salir a esos
parajes, estanques
escondidos de Dios
voluntariamente.

No olvidados; vírgenes y
egoístas.

Placer al andar bajo la luz del Sol
de las diez
ese que acaricia y no quema la
piel
de mis piernas.

Rumbo a la tierra prometida que
yo forjé,

donde viviremos en la impasible
selva
parnasiana,

donde las madres amamantan
con vino de consagrar caliente
un soñar sin fin.

Quando recuerdo

Samuel Valdivia Villalobos

cuando recuerdo
quiero morirme
cuando recuerdo
lloro por dentro

mis lágrimas
son de dolor
mi dolor
viene del amor
mi ilusión
se fue

cuando recuerdo
me ahogo
cuando recuerdo
me desvanezco
cuando recuerdo
duele
cuando te veo
duele más

no quiero saber
qué pudo pasar
no quiero volver
a recordar

Reminiscencia

Endy Yaren Arriaga López

Permanecerán las memorias de un olvido. Un olvido constante, incesante como zumbido, incansable. Se borran de tu mente los trazos de tu vida, se desdibujan las líneas y ya nada es legible. Te ha alcanzado la vejez. La prematura muerte. Y ya no sabes nada, no reconoces los rostros en los cuadros, las voces se alejan, se desvanecen los fantasmas y queda solo polvo. Te miro mirar, con añoranza esos recuerdos perdidos. Entre paredes amarillas, con la reminiscencia de la luz que, de vez en vez, alumbra la oscuridad de tu mente. En silencio ha caído tu consciencia.

Invisible

Beatriz Varela Núñez

Cuán bello sería ser a la vista innombrable
ser a la percepción igual que un soplo de viento
ser tan fantástico como imaginación de niño
transparente como el corazón de la paz.

Poder convertir en incalculable el tiempo
asemejarme a la corriente de agua fresca
disipar el sonrojo y la verde cólera
y convivir en armonía con la claridad del pensamiento.

Acariciar la hierba como el rocío matutino
olvidarse de todo afán o visión estética
dejarse llevar por la energía magnética
y deslizarme en los prados para ver el sol brillar.

Reflejar los rastros de todo horario
dedicarme al mundo del arte oculto
y decantarme por apreciar cada pequeña pizca
sonriendo con el corazón para perderme a lo ajeno.

Ser invisible, mas no huyendo del peligro
para aceptar en brazos la insignificancia del individuo
para poder hallar camino y libertad
para así nuestras conciencias más destacar.

Invisible y pequeño, sin deseos de ser importante
visible a la mente, las pasiones y fragancias
que siendo invisible, no sea así imperceptible
sino ser lo que se oculta ante la malicia de la vista.

Dejar de ser ocasional a los placeres
convertirse en no más que un espíritu
desprenderse de los sinsabores de lo cotidiano
y ahuyentar todo lo que aflija la razón.

Almas

Mariana Alvarado Maldonado

Sobre la tierra,
pasos palpitantes vagan entre la vida y la muerte.

Flores silvestres de un corazón que danza
con la intención de volar,
flotar,
entre nieblas y raíces,
en la salvación agonizante
emplumada de los quetzales,
ensangrentada.

Brotando en los ríos, en los valles,
las alas silbantes de los pies que bailan.

Muertes pequeñas:
El sonido del agua, el verde de su mirada
y el palpitar en su pecho
cuando nuestros cuerpos se abrazan.

Divinidad, naturaleza que nos conecta.
Somos las huellas que marcan el habitar en la tierra,
somos el viento de las alas que revolotean.
Líneas,
texturas,
colores y formas.

Especies, lenguajes, nombres.

Habitamos en los matices de lo salvaje,
también en la ternura.

Instintos, sonidos y voces.

Recuerdos de habitación

Ana Paula Castañeda Corpus

Por primera vez después de tiempo escuché las campanadas.
Por primera vez dormí en mi cama desde que mi alma
fue quebrada.
Tantas emociones y tantos anhelos ajenos me hacen
recordar mi respiración.
¿Ahora cómo desarmo lo que tanto me costó negar?
Después de tanto sentí algo genuino,
pero me da miedo lo que yacía en mi cama
que me detenga la mirada,
hoy vi llover a través de la ventana y no de mi sábana,
así que lo hice,
suspiré
y te dije hasta luego.

Monocardio

Hamset Saldívar Mercado

Yo soy todo lo que en ausencia de si, dejo de ser
soy el viento entre velas del barco en el río
soy el frío en movimiento
soy complejos contextos
y cuerpos convexos.

Soy el verso que dejo en la obra elevada
soy vida, vida necesitada
vida en busca de vida
vida ausente, vida consciente
soy todo, nunca seré nada.

Pero qué bello es eso
hay infinito en cada ínfimo proceso
y ahora siento el aire
y veo el esfuerzo
que mundo maravilloso.

Porque al pie de mar mi pie toca el mar
mi mano tu mano
mis ojos los astros
y hay un solo latido
no hay ausencia
no hay distancia.

Y la arena se me mete en los dedos
y la brisa nos pega en la cara
y el agua de antes es el agua de ahora
y la sal de la intimidad es la sal de la infinidad
y ríes con el canto del cosmos que disfrazo de chiste
y en un momento único y permanente veo verdad
somos vida, vida infinita, somos todo.

La Velocidad de una Década

Alberto Gutiérrez Martínez

Ayer fueron diez, hoy fueron diez
años de mí, sin ti a veces
años de nosotros
los pocos que vivimos,
años veloces, feroces, voraces hacia calendarios.
No hay métrica, solo vivencias
no hay tiempo, solo recuerdos.
Dormí una noche y aparecieron
tres mil seiscientos cincuenta soles en mi cuerpo,
batallando y quemando
los recuerdos de mis huesos,
callando días actuales, días reales,
el sosiego de la mente, los dogmas de la vida, la típica rutina
haciéndome pensar,
haciéndome dudar,
si valió la pena,
la década vivida.

Alienado entre las multitudes

Saúl Abraham Morales Piña

Me sé ya de incapaz descarnarme,
siento dar pena al alma,
sólo otorgo olvido a muchos.

Soy aparte.

¡Pesar eterno de mi alma oscura!
de mi ánimo frío...

La camisa a mis pechos encarnada:
eterna, insoslayable, demencial,
presencia de nocturnas golondrinas
del hondo abismo bruno.

Otro aparte olvidado.

Entre la gente

Sabrina Andrea Martínez González

Tanta gente.
Tantas amigas.
Y conocidos.
Y yo.
Sola.
O no.
No del todo.

Con ansiedad.
Como insomnio
a las 4 am.
Ansiedad,
a media luz.
Un frío incómodo
y preocupación
que no me deja.
Nunca se va.

Quisiera.
Anhelo.
Intercambiarla
por él.
Que él fuera
quien no se va.
Que él
tome mi mano
y no se vaya.
Pero no.
No pasa.
Está.

Pero no.
No voltea.
No me mira.
No le gusta verme
y yo, sola.

Como ellas,
que vienen.
La risa termina.
Se van.
Todos los días,
se van.
Sin ruido.
Mis amigas.
Se supone.
Supongo.

¿Y yo?
¿Su amiga?
¿Soy buena?
O no.
Pero me quejo.
Hipócrita.
Juzgo,
vigilo
sobre mi hombro
sin autoridad.
Sin confiar.

Por mi ansiedad.
Que me aconseja
con envidia.
Me lleva
a tropezarme.
Y adolorida,
aquí sigo,
escuchándola.

De hecho,
viene de visita.
A veces.
De visita,
sin invitación.
Viene.
Sin buscarla.

Y la entiendo.
Así me siento
en casa llena
cuando llego.
Sin permiso
para estar
y de ser yo.

Todos saben
cómo ser,
desenvolverse.
Bailan.
Menos yo.
No sé los pasos.
Rodeada de gente.
Tanta gente...

Te olvido

Alejandra Granados Olvera

Camino para huir,
pero te encuentro en mis pasos.
Ya no te siento,
solo te pienso.

Los días pasan,
y la casualidad me encuentra.
Te veo.
Sé que fuiste, pero ya no sé si eres.

Y entonces pasa lo prohibido.
Te olvido.
Olvido tu mirada,
olvido tu piel.
Y huyes.

Todo se acaba.
Pasan amaneceres y funerales.
La casualidad nos abandona.
Y olvido que fuimos.

Me pidieron que hiciera recuento
de lo que aquí sucedió

TALENTOS UNIVERSITARIOS - Cuento y Poesía - 2025

Primera edición 2025
(versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron
a cargo del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

